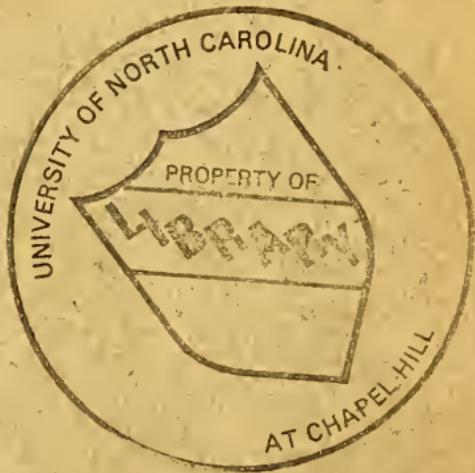


9095

Manuscript



252808

EUROPA



WILSON

NUEVA

GEOGRAFÍA

WILSON



五洲



EL PROSCRIPTO,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

POR

Federico Soulié,

autor de *Clotilde* y de *Diana de Chivry*.

TRADUCIDO POR

DON ISIDORO GIL.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=
1839.

PERSONAGES.

JORGE BERNARD, *coronel.*

EL VIZCONDE ARTURO DE AVARENNES.

EL MARQUES EDUARDO DE MELLISENS, *hijo del primer casamiento de la marquesa de Mellisens.*

LEONCIO DUBOURG, *baron, hijo del segundo casamiento de la marquesa.*

NATALIO, *ayuda de cámara del marqués.*

UN CRIADO.

LUISA DUBOURG, *hija de la marquesa y casada con el coronel.*

LA MARQUESA DE MELLISENS, *viuda en segundas nupcias del baron Dubourg.*

ÚRSULA, *nodriza de Luisa.*

La accion pasa en 1817 en una quinta de las cercanías de Grenoble.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Salon ricamente amueblado. Puerta al foro y laterales. Mesa y chimenea á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

URSULA. NATALIO.

Ursula. Vamos! Cuándo querrá Dios que acabeis de poner bien esa loza.

Natalio. No seais tan viva, buena Ursula; es preciso dar tiempo al tiempo.

Ursula. Buena Ursula!... Mas valiera que aprendiérais á hablarme con mas respeto.... Soy señora.

Natalio. Sí, señora mayor.

Ursula. Cómo?

Natalio. Nada, dejadme arreglar la sala en paz y en gracia de Dios.

Ursula. La hora es á propósito; solo á vos se os ocurre ponerlos á arreglar un salon á las seis de la tarde!

Natalio. Sí por cierto, porque este es el único momento que me han dejado libre: en dia de boda no puede uno estar quieto un instante: todo se vuelve subir, bajar, ir acá, acullá.—

Ursula. Ponerse á escuchar por las rendijas de las puertas.—

Natalio. Eh?

Ursula. Sí señor, á escuchar: segun parece ahora es moda que los ayudas de cámara teugan mas listo el oido que las piernas.

Natalio. Y aun eso no basta si han de sufrir las habladurias de algun ama bachillera; no es verdad, buena Ursula?

Ursula. Repito que me llamo señora.

Natalio. Bien.... bien. A la otra calle!

Ursula. Sois un deslenguado !

Natalio. Eh! no hay que enfadarse por tan poco. Verdad es que nosotros no podemos hacer nunca buenas migas. Vos sois partidaria acérrima de los bonapartistas, y yo tengo á vanagloria el haber quitado unos cuantos de en medio.

Ursula. Y os atreveis á jactaros de ello en casa de la viuda del valiente coronel Bernard, asesinado por vuestros iguales al tiempo de fugarse.

Natalio. Poco á poco, señora Ursula; yo no me he jactado de haber tomado cartas en ese asunto.

Ursula. Si no las habeis tomado, habrá sido porque no os habeis atrevido.

Natalio. Vivís en un error, reverenda nodriza; si no las tomé, fué porque no me hallaba presente, pues en cuanto á lo demas el tal coronel mereció muy bien la suerte que le eupo por haberse pasado con su regimiento al servicio del usurpador. Tan traidor era él como su suegro el general Dubourg y demas cáfila de bonapartistas.

Ursula. Habrá insolente!.... Y un criado del marques Mellisens se atreve á hablar de ese modo del padre y del marido de la hermana de su amo?

Natalio. Venerable Ursula, yo no encuentro nada de malo en que los criados digan en alta voz lo que sus amos piensan.

Ursula. Qué oigo? Os atreveis á suponer que el marques....

Natalio. El marques es un realista neto.... lo quereis mas claro, señora nodriza?... Y si su madre la marquesa de Mellisens se vió obligada en 1813 á dar la mano al general Dubourg para que no la llevaran á la guillotina con su hijo, no por eso se ha olvidado nunca de lo que era antes de contraer aquel matrimonio.

Ursula. Ah, en cuanto á eso teneis razon; no bien quedó viuda, se dió prisa á olvidar hasta el nombre del general.

Natalio. Mirad, Ursula, una vez que vos os acordais tanto de él.... podeis continuar hablando de sus virtudes, con su digno heredero, que segun veo viene hácia aqui. Debe de ser tambien de los vuestros.

Ursula. (Con desagrado,) Acaban de hacerle oficial, y será por el estilo de los demas.

ESCENA II.

URSULA. LEONCIO. NATALIO.

Leoncio. Ah! aquí estabas, Ursula?

Ursula. Para lo que gustéis, señor baron Dubourg.

Leoncio. Baron Dubourg!

Ursula. Sí señor; os suena mal tambien á vos el nombre de vuestro padre?

Leoncio. El nombre de mi padre!.... no por cierto.... pero....

Ursula. Verdad es que aunque os dionase tampoco teniais otro que poneros; no podeis hacer como vuestra madre, que ha vuelto á tomar el título de marquesa sin que nadie la obligase á ello.

Leoncio. Ursula, repara que estás hablando de mi madre delante de mí.

Natalio. (Aparte.) Toma esa y vuelve por otra. (Alto.) No es verdad, señorito Leoncio, que la señora marquesa ha hecho bien en dejar el título de baronesa Dubourg?.... y....

Leoncio. (Con tono de severidad.) Ni á tí ni á mí nos toca juzgar de lo que ha hecho mi madre, bellaco.... Tén entendido, que si vuelvo á oírte pronunciar el nombre de Dubourg con el tono que acabas de hacerlo, te tiro por el balcon.

Ursula. Bien hecho, señor Leoncio.... eso es hablar como un hombre.

Natalio. (Marchándose.) Sí; pero no es mas que hablar.

Leoncio. (Volviéndose de pronto.) Insolente! (Vase.)

ESCENA III.

URSULA. LEONCIO.

Ursula. (Deteniéndole.) Oh! dejadle, no le hagais nada por Dios, señorito Leoncio, mirad que es el predilecto de vuestro hermano, su espía, el que le ins-

pira todo lo malo.... estoy segura de que ha ido á contarle lo que ha pasado.... Dios sabe á quién temo mas, si al amo ó al criado. Capaces son los dos de incluiros en la lista de sospechosos.

Leoncio. Nada me estrañaria ya, despues de la fria acogida que tuve ayer á mi llegada.... Salgo del colegio militar para asistir á la boda de mi hermana, y cuando entro en esta casa, mi madre y mi hermano mayor me reciben con la misma indiferencia que si fuera un estraño.... Luisa evita mi presencia.... y hasta tú misma me hablas de un modo....

Ursula. Ay señorito Leoncio! Es que la restauracion no se ha contentado con meter la cizaña en Francia, sino que ha introducido tambien la discordia hasta en el seno de las mejores familias.

Leoncio. Y la nuestra es una prueba irrecusable de esa desdicha; los sucesos de 1814 fueron la principal causa de la separacion de mis padres. Mi madre se marchó á Paris con el objeto de presentar á mi hermano en la corte de Luis XVIII; y ha sido tal desde entonces la diferencia que ha establecido entre él y yo, que aun cuando el colegio militar de Saint-Cyr está á corta distancia de aquí, jamás la he merecido una visita.

Ursula. Decis bien; aquella separacion fue la que trajo consigo la desgracia de la familia. Durante aquella ausencia fue cuando vuestro padre dió la mano de vuestra hermana Luisa al malogrado coronel Bernard.... Qué modo de oponerse vuestra madre en sus cartas!.... Pobres señores!.... A pesar de que el coronel y el general han muerto los dos desgraciadamente, vuestra madre no los ha perdonado aun.

Leoncio. El cariño te ciega, Ursula.... Luisa me ha asegurado....

Ursula. La habeis hablado á solas?

Leoncio. No he tenido ocasion todavia.... la víspera y el dia de la boda tienen las mugeres mucho que hacer....

Ursula. (Con tristeza.) O mucho que llorar!

Leoncio. (Con curiosidad.) Qué dices?

Ursula. Que apostaria cualquier cosa á que la sacrifican.

Leoncio. Has olvidado que es viuda, dueña de su persona é independiente por sus bienes.

Ursula. Pues por eso es precisamente.... por sus bienes!.... Vuestro hermano sabe calcular bien, y espera que dando al vizconde de Avarenes, sugeto pobre, pero muy bien quisto en la corte, una muger que le lleva cincuenta mil escudos de renta, el vizconde le pague con buenos empleos y condecoraciones los bienes que por su mediacion ha conseguido.

Leoncio. Y crees que el vizconde de Avarenes sea cómplice suyo en tan inicuo trato?

Ursula. El? no; le creo por el contrario hombre de bien.... y ademas está enamorado de Luisa.

Leoncio. Pero y ella.... mi hermana, qué dice?

Ursula. Ah! eso es lo que yo no sé esplicarme. Tan pronto quiere, tan pronto no quiere; llora, se lamenta; unas veces se pone muy alegre cuando viene el vizconde; otras dice que no está en casa.... Nadie me quita de la cabeza que hay duende en esta boda.

Leoncio. Y sospechas que Luisa accede á ella porque no se atreve á resistir claramente?

Ursula. Ya sabeis lo que es vuestra hermana; buena hasta rayar en débil é incapaz de oponerse á las órdenes de una persona á quien ella tenga respeto.... Cuando se casó la primer vez, dió la mano de esposa al coronel Bernard mas bien por obedecer á su padre que por cariño hácia él.

Leoncio. Pues qué no amaba á su marido?

Ursula. Ni diré que sí ni que no.... El coronel era buen mozo, caballeroso, valiente.... De suerte que bien pudo quererle despues de casada.... pero lo que es ahora creo que ni antes ni despues de la boda querrá á su marido. En fin, no hay quien me quite la manía de que Luisa se casa contra su gusto.

Leoncio. (*Viendo venir al marques.*) Eso es lo que nos podrá decir mi hermano que viene hácia aquí.

ESCENA IV.

URSULA. LEONCIO. EL MARQUES.

Marques. (Con aspereza á Ursula.) No ha bajado aun Luisa?

Ursula. No ha bajado porque no ha acabado de vestirse.

Marques. Pues mas valdria que fuéseis á ayudarla y no os estuviéseis aqui mano sobre mano mezclándoos en cosas que no os interesan.

Ursula. Podrá ser verdad que no me corresponda mezclarme en ellas, pero no que no me interesen; ademas la señora paga á sus doncellas para que la visitan, y por consiguiente me parece que tengo derecho....

Marques. (Enojado.) El derecho que vos teneis y del que abusais soberanamente, es el de ser por demas bachillera y entremetida.... Basta ya.... Dejadnos.

Ursula. (Ofendida.) Señor marques!

Leoncio. (En tono de conciliacion.) Hermano!

Marques. (Haciendo seña á Ursula de que se salga.) No habeis oido?

Ursula. Sí señor, sí; ya hace tiempo que tenia dicho que el dia que vos entráseis en esta casa por una puerta tendria yo que salir por otra.

Marques. (Secamente.) Pues hacedlo.

Ursula. (Conmovida.) No tengais cuidado.... Saldré una vez y espero que será la última.

Leoncio. (Con tono afectuoso.) Ursula!

Ursula. Dios os pague la buena voluntad, señorito Leoncio, Dios os lo pague.

Leoncio. Vamos, Ursula, calla y sosiégate.

Ursula. No, no señor; estais viendo que no pararán hasta que me echen de casa; el tiro es que me vaya como todos los demas. Pues bien, me iré, me iré.... *(Al marcharse.)* Pobre de mi! Bien decia yo que el dia de la boda habia de ser un dia de luto para toda la familia. *(Vase.)*

Marques. (Aparte.) Esta muger es insufrible.

ESCENA V.

LEONCIO. EL MARQUES.

Leoncio. Qué os ha hecho esa pobre muger para que la trateis con tanta aspereza, Eduardo?

Marques. (Secamente.) Nada; no me gustan las criadas habladoras.

Leoncio. Debísteis reparar en que era yo el que la preguntaba.

Marques. Tampoco soy aficionado á los hombres curiosos.

Leoncio. (Resentido.) Tales cosas direis, hermano mio, que me hareis creer que Ursula tenia razon.

Marques. Y sobre qué artículo piensa Leoncio Dubourg que debe darse mas crédito á ese oráculo?

Leoncio. Sobre el de la tiranía que ejerce aquí el marques de Mellisens.

Marques. (Con ímpetu.) Leoncio!

Leoncio. Bajad la voz, Eduardo, y advertid que no estais hablando con Luisa, con nuestra pobre hermana, débil y tímida muger, sino que estais hablando con quien tiene derecho de saber cuanto aqui pasa, y de preguntar á quien bien le parezca.

Marques. Yo tambien os pido que advirtais que ese derecho solo á vuestra madre compete en esta casa, y en su defecto, á su hijo mayor, á mí.

Leoncio. Todo eso podrá ser así en cuanto á la ilustre descendencia de los Mellisens, pero no en cuanto á lo que concierne á la familia de Dubourg.

Marques. Os agradezco en el alma que hayais hecho esa distincion.

Leoncio. No soy yo el que la ha hecho, Eduardo, pero una vez que está hecha, la acepto. Desde que nuestra madre dejó el nombre de mi padre para volver á tomar el del vuestro, me persuadí de que sus hijos no eran iguales para ella, y me resigné á sufrir mi desgracia con sentimiento y respeto.

Marques. Malas muestras dais de tenersele cuando la acusais de haber violentado el gusto de su hija por los consejos que haya podido darla.

Leoncio. (Alzando la voz.) Cuando he hablado de violencia y tiranía no he nombrado siquiera á mi madre, señor mio.

Marques. Entonces acepto para mí todo el peso de vuestra acusacion, y voy á suplicar á Luisa que me haga el obsequio de contestaros. (*Aparece Luisa.*)

ESCENA VI.

LEONCIO. LUISA. EL MARQUES.

Luisa. Qué es esto, hermanos míos? por qué dais voces? Qué significan esos semblantes airados justamente cuando Ursula acaba de entrar llorando en mi cuarto?....

Leoncio. Nada, Luisa.... un ligero altercado que no debe pasar adelante....

Marques. Al contrario, yo creo que Luisa debe saberlo porque nadie mejor que ella puede juzgarle.

Luisa. De qué se trata?

Marques. Leoncio pretende....

Leoncio. (De pronto y recalcando la palabra.) Yo no pretendo nada.

Marques. (Idem.) Leoncio teme que no useis en esta casa de vuestros derechos con plena libertad, y que os hayan sacado casi á la fuerza el consentimiento para contraer un enlace que no ha de labrar vuestra felicidad. (*A Leoncio.*) Creo que es esto lo que habeis dicho?

Leoncio. Lo que he dicho y lo que pienso.

Luisa. (*A Leoncio.*) En ese caso, Eduardo ha tenido razon para ofenderse, hermano mio; porque soy libre y nadie ha intentado avasallar mi voluntad.

Leoncio. (*Aparte.*) No habla tu corazon sino tu lengua.

Marques. Ahora os persuadireis de lo justas que eran vuestras sospechas. (*A Leoncio.*)

Leoncio. (Dudoso.) Veo que Luisa llora y no extrañaréis....

Luisa. Ah! Leoncio.... lloro, es verdad; pero es de ver que en un dia como este mis hermanos se tratan como estraños, y casi como enemigos. (*A Leoncio.*) Leoncio, tú cres el menor....

Leoncio. (*Yendo hácia el marques.*) Dices bien; perdónadme, Eduardo, conozco que he hecho ual.

Marques. No hablemos mas de ello.... Permitid sin embargo que os diga, no como hermano mayor, sino como quien tiene mas esperiencia, que aun en el caso de que entre los individuos de una familia haya incomodidades y disgustos, jamás se debe dar lugar á que sirvan de hablilla á los criados, y que quizás nos hubiéramos evitado esta disputa si os hubiéseis tomado la molestia de avistaros con Luisa ó con nuestra madre.

Leoncio. (*Con frialdad.*) Teneis razon.

Marques. Luisa, os dejo con él para que confirmeis lo que acabais de decirle; y dentro de poco vendremos á buscaros para que la iglesia bendiga un enlace que ha de proporcionaros, ademas de la dicha que mereceis, una posicion digna de envidia en la sociedad, y un nombre ilustre y respetado.

ESCENA VII.

LUISA. LEONCIO.

Leoncio. (*Mirando alejarse al marques.*) Un nombre respetado.... Piensa por ventura que no lo era el de Bernard....

Luisa. (*Yendo á él.*) Leoncio, hermano mio.... No acrecientes por Dios mi amargura.... mi desconsuelo....

Leoncio. Tu amargura.... tu desconsuelo!.... Luego yo tenia razon?... Ellos han sido los que han dispuesto este casamiento?....

Luisa. Es verdad.

Leoncio. Y tú te sacrificas por acceder á sus caprichos!

Luisa. Si he de decirte la verdad, ni aun yo misma lo sé.

Leoncio. (*Sorprendido.*) No lo sabes?

Luisa. Escucha, Leoncio.... tú no conociste á Jorge.... y aun no has tratado á Arturo.... Voy á abrirte mi corazon, y tal vez tú sabrás adivinar mejor que yo lo que pasa en él.

Leoncio. Habla, hermana mia, ya te escucho. (*Con interés.*)

Luisa. Cuando mi padre me hizo saber que Jorge era el marido que me destinaba, apenas le conocia yo todavia. La oposicion de mi madre á aquel casamiento, la idea de que iba á ser un nuevo motivo de desunion para la familia.... qué mas te diré?... el carácter seco y el genio austero de Jorge.... todo aquello me atemorizó.... y obedecí con sobresalto á la inflexible voluntad de nuestro padre.... Pero despues que pude apreciar en su justo valor al hombre á quien habia sido destinada, cuando conocí que bajo aquel esterior frio y severo latía un corazon noble y benévolo.... cuando al través de sus preocupaciones políticas llegué á descubrir la hidalguía y honradez de sus sentimientos, le amé, y me tuve por dichosa en ser suya y pertenecerle.... Sobrevinieron entonces los sucesos políticos de 1815.... y ya sabes cuánto figuró en ellos.... Ya sabes que estuvo sentenciado á muerte y que pereció.

Leoncio. Pasemos por alto esos tristes recuerdos.

Luisa. No es posible, Leoncio.... porque ellos son la causa principal de los terrores que hoy me acosan.... Ya sabes que Jorge fué incluido en una de las listas de proscripcion despues de los cien dias.

Leoncio. Sí, en una de aquellas listas que el gobierno publicó á continuacion de lo que tuvo á bien llamar amnistía....

Luisa. Si entonces hubiera perdido á Jorge me hubiera quedado sin protector y sin apoyo alguno, porque mi padre habia sucumbido en Waterloo, y yo preveia con razon que mi madre no me perdonaria nunca por haberme resistido á sus órdenes. El temor de que me quedara sola y abandonada en el mundo decidió á Jorge á buscar su salvacion en la fuga, y aunque miraba como cobardía el no presentarse ante sus jueces, cedió á mis súplicas.... y desapareció.... Un tribunal sanguinario le habia sin embargo sentenciado ya á muerte, cuando fue conocido en Marsella al tiempo de embarcarse con otros varios proscriptos; salieron en su persecucion, y no pudiendo ó no queriendo alcanzarlos, hicieron fuego sobre ellos, y la barca y los proscriptos se hundieron para siempre en el mar. Facil te será

figurarte mi desesperacion; habia huido por mí, y pereció por haber dado oídos á mis necios temores.

Leoncio. Mas de un ejemplo tienes de que no por haber escapado de aquel peligro le hubiesen perdonado sus jueces.

Luisa. Sí, eso mismo me he dicho yo misma muchas veces.... pero no ha sido suficiente para acallar en mi corazón la voz de los remordimientos.

Leoncio. Remordimientos por haber querido salvar á tu marido!....

Luisa. Por haberle perdido.... Ese fue mi primer pensamiento, y él me ha hecho derramar muchas lágrimas hasta que mi madre y mi hermano vinieron á vivir conmigo. Ni uno ni otro me dieron la menor queja acerca de lo pasado, pero aunque no tuvieron la crueldad de alborozarse por la muerte de mi marido, me hicieron ver claramente que yo era la única que la sentia, y tuve que ocultar mis lágrimas, puesto que nadie habia de consolarme.

Leoncio. Y por qué no me escribiste entonces?

Luisa. Era ya harta la desunion que existia en la familia....

Leoncio. Pobre hermana mia!

Luisa. Asi vivia sumida en el silencio y la amargura, cuando llegó á esta ciudad el conde de Avarennes....

Leoncio. Presidente de la comision militar nombrada para juzgar á los revolucionarios de Isère.

Luisa. Su hijo era amigo de Eduardo, y á poco tiempo de su llegada empezó á frecuentar nuestra casa....

Leoncio. Y no se le ocurrió á Eduardo el horror que debia inspirarte la presencia de un hombre, cuyo padre pronunciaba todos los dias sentencias idénticas á la que te habia arrebatado tu marido?

Luisa. No, Leoncio, no.... su presencia fue mi único consuelo.... Él tan solo supo comprenderme.... él tan solo se condolió de mí.... y no se admiró de mi llanto. Tan exaltado como Jorge en sus opiniones, pero incapaz tambien como él ni de una injusticia ni de una vileza, Arturo únicamente se atrevió á levantar la voz en esta casa para defender la memoria de Jorge, como la de un enemigo franco y leal:

él únicamente pronunció su nombre sin injuriarle, y desde entonces supo granjearse mi agradecimiento. Cuando despues le ví escucharme con paciencia, calmar mi inquietud, alejar de mi memoria todo lo que pudiera afligirme, guardar conmigo aquellas atenciones que tienden á hacer olvidar á una persona lo que la hace sufrir, conocí que me amaba, y cuando llegó á decírmelo, no esperimenté vergüenza ni temor al escucharle, porque todo habia desaparecido ante un amor tan respetuoso, tan firme, tan nuevo para mí.

Leoncio. Y porque tal vez ese amor era ya correspondido, Luisa.

Luisa. Ah! esa idea fue la que me aterró.... Yo, la viuda del coronel Bernard, amar al hijo del conde de Avarennes! Te confieso que me pareció un amor sacrílego, y el dia que Arturo solicitó la posesion de mi mano, creí ver alzarse á mi lado la sombra de Jorge que me maudaba negársela.... Lo hice asi.... rechacé á Arturo.... Pero él apeló al tiempo, y lejos de desanimarse, fue quien me defendió contra los imperiosos mandatos de mi madre, y las importunas exigencias de Eduardo.... Siempre le hallé á mi lado como mediador en nuestras disensiones, y evitándome á cada paso quejas injustas y reconvenciones vergonzosas; por último, al cabo de muchos meses de una existencia enfadosa, y que los mios me habian hecho aborrecible, fatigada de resistir á la vez contra amenazas tan crueles y súplicas tan sumisas, dí la mano á Arturo sin poder decir aun si he cedido á la opresion que me agobiaba ó al amor que me protegía.

Leoncio. Has cedido al amor que sentias, Luisa.

Luisa. Qué dices? (*Temerosa de profundizar la opinion de Leoncio.*)

Leoncio. (*Tranquilizándola.*) Que no debes tener remordimientos por amar á un hombre de tan noble corazon como Arturo.

Luisa. (*Llena de gozo.*) Ah! gracias, hermano, gracias. Tú me vuelves la vida. Conozco que tu aprobacion restituye á la viuda de Jorge el valor que la faltaba....

Leoncio. Armate de él, hermana mia, porque ya vienen á buscar á la vizcondesa de Avareunes.

ESCENA VIII.

URSULA. LUISA. LA MARQUESA. ARTURO. EL MARQUES. LEONCIO.
NATALIO. CRIADOS *con luces.*

Marquesa. (*Al vizconde saliendo.*) Es cierto lo que me ha dicho mi hijo, Arturo? Con que el señor conde nos priva de su vista?

Arturo. Me ha encargado que os haga presente su sentimiento por no poder asistir á la ceremonia, y que os suplique le dispenseis, señora; no ignorais que es esclavo de su deber, y ha tenido que salirse de Grenoble con motivo de unas comunicaciones muy importantes que acababa de recibir del gobierno.

Marques. Comunicaciones importantes?

Arturo. Sí, una nueva conspiracion que se ha descubierto en Paris.

Marquesa. Siempre conspiraciones y complós!

Luisa. (*Aparte.*) Siempre víctimas!

Marques. (*Acercándose al vizconde.*) Y hay ya algunos datos?

Arturo. (*Interrumpiéndole.*) Despues hablaremos de eso, marques.... Os traigo varias instrucciones de parte de mi padre.... pero permitidme antes (*Acercándose á Luisa.*) que dé las gracias á vuestra hermana, y que la manifieste mi orgullo y mi alegría por haber consentido en confiarme su dicha.... (*Cogiéndola la mano con respeto y cariño.*)

Luisa. (*Sin retirar la mano.*) Os creo, Arturo.

Ursula. (*Aparte.*) Pòbre hija mia!

Marquesa. El señor vizconde me dará su permiso para que le presente á mi hijo segundo, hermano de Luisa....

Leoncio. (*Aparte.*) No ha querido pronunciar el nombre de mi padre!

Marquesa. S. M. acaba de nombrarle subteniente de ejército. (*Leoncio pasa al lado de Arturo.*)

Arturo. (*Con tono afectuoso.*) Habeis escogido una carrera noble y honrosa, pero que os impone muy sagrados deberes, amigo mio.

Leoncio. Espero poder desempeñarlos con honor.

Arturo. Cuando uno ha recibido de sus padres un nombre tan ilustre como el del general Dubourg, debe esforzarse en sostenerle con gloria.

Leoncio. Gracias, señor vizconde, gracias.

Arturo. Y ahora permitidme que os cuente en el número de mis amigos.

Leoncio. Dos palabras acaban de granjearos mi aprecio, señor vizconde: habeis hecho honor á la memoria de mi padre, y habeis prometido hacer feliz á mi hermana: somos amigos. (*Se dan la mano.*)

Marquesa. (*Disgustada.*) Bien, bien; basta ya.... No echemos en olvido que nos estan esperando.... Vamos, Luisa.

Luisa. Cuando gustéis, madre mia. (*Las dos señoras hacen sus preparativos para marcharse. Leoncio da algunas órdenes á los criados.*)

Marques. (*Bajo al vizconde.*) Decis que me traeis algunas instrucciones?

Arturo. (*Bajo.*) Hay graves sospechas de que algunos sentenciados contumaces andan ocultos en las cercanías de la quinta, y tratan de hacer una intentona.... No os admireis por lo tanto si veis rondar algunos agentes de policía por los alrededores, pues no se ha juzgado suficiente para hacer prisiones en caso necesario la gente de que vos podeis disponer como principal autoridad de la comarca; espero tambien que no os ofendereis porque se hayan tomado estas medidas sin vuestro conocimiento.

Marques. (*Interrumpiéndole.*) Ya me conoceis: mi único deseo es desbaratar los planes y complós de los enemigos del gobierno.... y (*Señalando á Natalio.*) aqui teneis un sugeto que para tales casos vale mas que todos vuestros agentes juntos. (*A la marquesa.*) Vamos, madre mia, ya es la hora de empezarse la ceremonia.

Arturo. (*Yendo á la marquesa.*) Dignaos aceptar, señora marquesa, mi mano. (*La marquesa da la mano al vizconde.*)

Marques. (*Bajo á Natalio que le da el sombrero.*) Has oído?

Natalio. (*Idem al marques.*) Sí señor.

El Marques. (*Alargando la mano á su hermana.*) Luisa! ¹⁷
(*Le dá la mano.*)

Ursula. (*A Leoncio que sale el último.*) Con qué es decir que no habeis hablado con vuestra hermana?

Leoncio. Calla. (*Vase.*)

ESCENA. IX.

URSULA. NATALIO.

Ursula. (*Aparte y enfadada.*) Por fin se salen con la suya.... la sacrificau.... No,... pues lo que es yo no he de asistir á la boda....

Natalio. (*Aparte.*) Calle! la vieja se ha quedado por aquí. (*Alto.*) Por qué no vais á ver la boda, buena Ursula?

Ursula. Porque no es de mi gusto, señor Natalio.

Natalio. No necesitaba que tú me lo dijeras para saberlo. (*Aparte.*)

Ursula. Y vos, por qué no vais, señor Natalio?

Natalio. Porque tengo otras cosas que hacer, amable Ursula.

Ursula. (*Aparte.*) No será nada bueno. (*Alto.*) Pues para un hombre que se alaba delante de sus amos de ir todos los dias á misa, sois poco aficionado á la iglesia....

Natalio. Y qué tenemos con eso, señora nodriza jubilada?

Ursula. Que por fuerza han de ser muy urgentes esas cosas que teneis que hacer, cuando os impiden ir á hacer el hipócrita delante de los señores.... (*Aparte.*) Anda á contarles eso.

Natalio. Quién sabe?... Pero.... vamos.... lo que á mi me admira es que no os haya picado la curiosidad de ver el casamiento....

Ursula. Y por qué, señor mio?

Natalio. Porque tengo para mí que una muger puede haber sido ó ser excelente nodriza sin haber asistido jamas á una boda.

Ursula. Insolente!

Natalio. (*Aparte.*) Toma esa.

Ursula. (*Marchándose.*) Mas valiera que pensarais en

las órdenes que os han dado para la función de esta noche.

Natalio. Id descuidada, reverendísima Ursula; tengo muy buena memoria.... memoria de jóven.

Ursula. (Colérica.) No se qué daría por ver fuera de la casa á este bribon. (*Vase.*)

ESCENA X.

NATALIO, *solo.*

La vieja va echando chispas! La espresioncita la ha escocido.... no me la perdonará á dos tirones.... Eh! poco me importa. Dejemos esto y pensemos antes que todo en lo que me ha dicho el marques.... Con que tenemos conspiracion en campaña?... Bravísimo!... Asi habrá motivo para quitar de enmedio unos cuantos bonapartistas mas.... Oh! Si llego á echar la mano á alguno de ellos!... Vamos á dar una vuelta por los alrededores á ver si olemos algo. (*Se encamina hácia la puerta.*)

Un criado que sale acompañando á un desconocido.
No la veo por aquí; pero el señor es el ayuda de cámara del marques y tal vez sepa donde está.

ESCENA XI.

NATALIO. JORGE. *El criado.*

Natalio. Por quién pregunta este caballero?

Jorge. Deseaba hablar con Ursula; me han dicho que la encontraria en esta sala.

Natalio. Acaba de salir; pero si teneis la bondad de enterarme de lo que deseabais decirle.

Jorge. Quisiera hablarla yo mismo.

Natalio. (Al criado.) Luis, anda á decir á Ursula que el señor.... de.... (*A Jorge*) Cómo es vuestro nombre?

Jorge. No es necesario.

Natalio. Anda á decir á Ursula que un caballero que no quiere decir su nombre desea hablarla.

Jorge. Hablarla á solas.... decírselo así.

Natalio. (A Jorge.) Bien. (*Vase el criado.*) (*Aparte.*)

Si será este algun...? No tendré yo tan buena fortuna.... Con todo.... estaremos á la mira por si acaso. (*Vase por el foro.*)

ESCENA. XII.

JORGE, *solo.*

Ya estoy por fin en Francia.... en mi casa.... al lado de mi muger. Miseria, privaciones, angustias del destierro, huid lejos de mí; ya estoy al lado de mi muger! en mi casa! en Francia! ya soy feliz.... Luisa, tú que me amabas tanto, y que sin duda me amas todavia no llores mas por tu desventurado marido.... Ya no vivirás sola y sin apoyo.... ya estoy yo aquí para amarte y defenderte... Pobre muger! cuánto has debido sufrir.... cuántas veces he deplorado no poderte escribir el prodigioso acaso que me salvó á mí y á mis compañeros.... el sagrado juramento que hicimos me lo estorbaba.... pero ahora que te volveré á ver, me felicito por haber prestado ese juramento pues no teniendo nadie noticia de nuestra existencia, la empresa desesperada que vamos á acometer será menos imposible.... No esperaba hallar aqui á la marquesa y su hijo.... poco arriesgo aunque me vean, pues ni uno ni otro me conocen. Prevendré á Luisa por medio de Ursula para que me dé una cita y el dinero necesario, á fin de salir adelante con nuestra empresa.... Gracias á nuestros esfuerzos y á los de los amigos que han jurado ayudarnos, Grenoble caerá en nuestro poder.... Veremos si la Francia conserva aun recuerdos de lo que ha sido. Esta idea es la que me ha hecho llevar con paciencia las penalidades de la proscripción.... Si no consigo mi empresa no moriré al menos sin haber intentado librar á la Francia de la horrible esclavitud en que gime.... Oh Luisa! Luisa! cuanto deseo verte!

ESCENA XIII.

JORGE. *El criado.*

El criado. (Saliendo.) Caballero, la señora Ursula me envia á decirnos que baja al momento.

Jorge. Mil gracias.

El criado. Pero no podeis esperarla aquí; porque segun he oido la señora está ya de vuelta, y tiene que pasar por esta sala para entrar en su habitacion. *(Señalando á la puerta de la derecha.)* La señora Ursula tiene que bajar por ahí.... entrad.... porque ya creo que se acercan. *(Coge un candelabro de encima de la mesa, y entra en la habitacion de la derecha.)*

ESCENA XIV.

JORGE, *solo durante algunos instantes, poco despues* LUISA.

Jorge. Luisa!... Oh! la alegria no mata.... Ella es ella! ah! me falta valor para no darme á conocer viéndola tan cerca de mi.... ella es!

Luisa. (Sale muy agitada y sin ver á Jorge.) Ah! quiero respirar.... quiero estar sola un momento y reprimir mi conmocion.... Ya es imposible retroceder.... todo se acabó.... Me parecía verle siempre á mi lado como un espectro.... Dios mio, haz que no me maldiga desde su tumba! Jorge! Jorge! *(Va á entrar en su cuarto y se encuentra cara á cara con Jorge.)*

Jorge. Luisa!

Luisa. (Dando un grito terrible y haciéndose atrás.)

Ah!!! (Quédanse los dos inmóviles durante algunos momentos.)

Jorge. (Acercándose á medida que Luisa retrocede.)

Luisa! Soy yo, Jorge, á quien creias muerto.

Luisa. (Con terror.) No!

Jorge. (Insistiendo.) Jorge que vive aun.

Luisa. (Retrocediendo siempre.) No.

Jorge. (Siguiéndola.) Jorge, tu marido que te tiende los brazos.

Luisa. (Volviéndole la espalda con ademan de horror.) No, no, no.

Jorge. (Mirándola aterrada.) Que es esto, Luisa?... pero no oyes que soy yo!

Luisa. (Fuera de sí) El aquí!... Jorge vivo!... Oh! no... yo estoy loca! Dios mio!... estoy loca!

Jorge. (En ademán de súplica.) Luisa! Luisa!

Luisa. (Mirándole aterrorizada.) Oh! no hay dudarlo.... él es.... me mira! me habla!

Jorge. Luisa!... Serénate.... pueden oírnos!.... pueden venir!... una voz puede perderme!

Luisa. Perderle! Oh! él es! él es! (*Oyense voces dentro.*)

Jorge. (Dirigiéndose al foro.) Ya vienen hácia aquí segun creo.

Luisa. (Aparte.) La voz de Arturo! (*A Jorge.*) Ah! escóndete, pues no hay duda que eres tú.

Jorge. (Sorprendido.) Que me esconda?

Luisa. (Yendo á abrir la puerta de la izquierda.) Ocúltate aquí!

Jorge. (Cerca de la puerta.) Pero, Luisa!

Luisa. (Que se habrá encaminado á mirar al foro.) Ya vienen! escóndete pronto! ahí! ahí! pronto!

Jorge. Oh Dios mio! (*Al mismo tiempo de decir esto, Luisa habrá hecho retroceder á Jorge hasta la puerta de la izquierda, y al pronunciar las últimas palabras le empuja fuera de sí, y cierra precipitadamente la puerta quedándose delante de ella, inmóvil y helada de espanto.*)

ESCENA XV.

LUISA. LA MARQUESA. ARTURO. LEONCIO. EL MARQUES. NATALIO,
poco despues URSULA.

Marquesa. (Saliendo.) Qué es esto, Luisa? qué es lo que pasa? qué significan esos gritos?

Luisa. (Serenándose algun tanto.) Nada, nada, madre mia.... un susto!... me pareció que habia visto.... que habia oído.... Pero no.... oh! no!... no he visto nada.... nada!

Leoncio. (Aparte.) En vano quiere ocultar, su turbacion.... ese grito no ha sido sin motivo.

Arturo. (*Acercándose á Luisa.*) Os sentis indispueta,
Luisa?

Luisa. Arturo! (*Mirándole aterrada, y aparte.*) ah!
por fuerza he visto mal... por fuerza lo he soñado!

Ursula. (*Sale precipitadamente, y se dirige á Natalio
en alta voz.*) Vamos, ya estoy aqui; dónde está ese
caballero que me buscaba?

Marques. (*A Luisa.*) Luego habia alguien en esta sala?

Luisa. (*Turbada.*) No... nadie... no he visto á nadie.

Natalio. (*Bajo al marques.*) Respondo con mi cabeza
de que no ha salido.

Marques. Luisa, (*Acercándose á su hermana.*) el salon
está lleno de gente, el conde de Avarenes acaba
de llegar, y no es justo hacerse desear por más
tiempo.

Luisa. Madre mia, ya os sigo.

Ursula. (*Bajo á Luisa.*) Decidme, qué es lo que te
neis, señora? estais toda trémula.

Luisa. (*Idem á Ursula.*) Entra ahí y lo sabrás.

Ursula. (*Bajo á Luisa.*) Qué misterio...?

Marquesa. (*A Luisa.*) Vamos, Luisa, ó ha de ser tu
mismo marido el que ha de venir á buscarte.

Luisa. (*Bajo á Ursula.*) Oyes!... mi marido... Entra,
entra ahí; pero no le digas nada... no... porque
me mataria.

Marquesa. (*Impaciente y desde lejos.*) Vienes, Luisa?

Luisa. Allá voy, (*Encaminándose hácia la marquesa.*)
madre mia.

Ursula. (*Aparte.*) Dios de bondad, qué misterio será
este? (*Movimiento general para marcharse por la
puerta del foro, á escepcion de Ursula que indica
por su accion que va á entrar en el cuarto de la iz-
quierda.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala de la habitacion que pertenece á Luisa. Puerta grande en el fondo: otras dos mas pequeñas á derecha é izquierda: un secreter á la derecha: cómoda con tocador á la izquierda: dos bugías encendidas sobre una mesa. Sillas.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, solo, mostrando un gran pesar.

El destierro, la miseria, la muerte misma no abatiría mi valor!... Pero regresar á su casa para verse ya olvidado, entrar en ella con el corazón lleno de júbilo y los brazos abiertos, y no encontrar un cariño fiel que se arroje en ellos á vuestra vista.... oh! este es un suplicio insoportable, es la mayor de todas las desgracias!... Qué sucesos se preparan en esta casa? (Pausa.) Qué fiesta será esta? Es víctima Luisa de la tiranía de su madre, ó estoy yo ya de mas en este sitio? Es rica, es hermosa, amaré á otro tal vez.... oh! si fuese cierto.... Yo lo sabré.... yo leeré la verdad en sus ojos, en su alma, en su silencio.... Pero para esto es indispensable verla, y hace mas de una hora que la espero!... espero y el tiempo corre veloz, y mis amigos aguardan tambien.... y si dentro de algunas horas no vuelvo á su lado, se arriesgarán sin mí á hacer una tentativa, ó quizá se separarán para siempre renunciando á su empresa, y culpando á su gefe de haber faltado á su palabra. Acudir á la cita sin medios para proporcionarnos armas, es imposible! Seria poner á mis amigos en un conflicto del que no podria libertarlos, aun cuando muriese combatiendo!... Ah! Luisa, Luisa!...

ESCENA II.

JORGE. URSULA, *que cierra la puerta al salir.*

Jorge. Ah! eres tú? Habla.... Vendrá por fin?...

Ursula. Qué veo? por qué habeis salido de mi habitacion, señor coronel?

Jorge. *(Con amargura.)* Porque no queria oir el ruido de esa fiesta que tanto embelesa á Luisa, pues veo que no consiente en dejarla.

Ursula. Ya os he dicho que estaban con ella su madre, sus hermanos, y....

Jorge. *(Interrupiéndola.)* Y desde cuándo son esos señores los dueños de mi casa?

Ursula. De vuestra casa? Ay! olvidais, señor Jorge, que Luisa ha debido creer....

Jorge. Oh! sí... dices bien: debió suponerme muerto.... *(Con ironía.)* Sin duda estaria ya resignada, y mi regreso va á ser para ella un desengaño muy amargo.

Ursula. Cómo, señor! pudiérais pensar?...

Jorge. *(Con impaciencia.)* Por qué no viene á mi presencia?

Ursula. Puede hacerlo por ventura? Todo el mundo la rodea y la observa procurando adivinar la causa de su turbacion.... del grito que la arrancó vuestra presencia....

Jorge. Sí, grito de horror y de espanto....

Ursula. No debeis estrañarlo.... la sorpresa....

Jorge. Ah! si ella quisiera venir, facil la seria buscar un pretesto.... cualquier cosa.... decir que se sentia indispueta.

Ursula. Para que todos se empeñasen en seguirla, en acompañarla hasta aquí....

Jorge. Hasta aquí? Y quién puede ser tan osado, que se crea con derecho á penetrar en la habitacion de Luisa?

Ursula. Quién? su madre.... su hermano... el marques de Mellisens....

Jorge. Ese realista fanático que tendria á vanagloria el delatarme.... el delatar al marido de su hermana....

Ursula. Cualquier criado que vea á un desconocido en la habitacion de su señora, pudiera sospechar tal vez, llamar y.... *(Se oye dentro la música del baile, la cual continúa hasta la salida de Luisa.)*

Jorge. Y entonces, por qué tarda en venir Luisa? Que venga pronto, si no quiere que yo mismo vaya á buscarla y la arranque de esa función que me irrita.

Ursula. *(Con espanto.)* Ah! eso seria perderos!

Jorge. Si no espusiese mas que mi vida, si no peligrase la de mis compañeros, atropellaria por todo.... porque esta tardanza.... esas frívolas disculpas.... esa fiesta.... Son tantos á obsequiar á una viuda hermosa y rica!... *(Con dolor.)*

Ursula. Pero, señor coronel....

Jorge. A una muger que se cree libre!...

Ursula. Señor.... *(Procurando calmarle.)*

Jorge. A los quince meses de haber enviudado, pudiera ruborizarse de contraer nuevos lazos....

Ursula. *(Aparte.)* Qué es lo que dice?

Jorge. Pero recibir obsequios es diferente. *(Con despecho desdeñoso.)*

Ursula. *(Vivamente.)* Qué decis, señor!... Luisa!... ella!... recibir obsequios. Ah! es imposible que vos sintais lo que decis!

Jorge. *(Volviendo en sí.)* Sí.... tienes razon.... desvariaría.... pero es preciso que yo la vea.... es absolutamente indispensable.

Ursula. Bien está: aguardad un corto momento.... voy á buscarla otra vez.... pero hasta que volvamos, entrad, entrad en mi aposento, os lo suplico por ella.... mientras os vea aquí no tendré valor para salir de este sitio. Entrad prouto.... y yo os juro que vendrá á buscaros.

Jorge. Cedo á tus instancias.... pero no olvidéis decir-la que mi vida..., y sobre todo mi honor penden de que la vea sin tardanza.... que si me descubriesen, no sería yo solo el que entregase su cabeza al verdugo.... y que á pesar del riesgo que corro, me es imposible salir de esta quinta sin haberla visto.

Ursula. Bien está; vendrá.... vendrá en cuanto la digas eso, no lo dudeis.

Jorge. Considera que una hora de tardanza puede

causar mi perdicion, y que espero impaciente. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

Ursula. (*Mirándole antes de cerrar la puerta.*) Ya le oigo subir la escalerilla que conduce á mi estancia. Evitemos que pueda volver aquí. (*Cierra la puerta.*) Vamos á buscarla.... Dios mio! Dios mio! protégednos!... (*Luisa se presenta en la puerta del foro.*)

ESCENA III.

LUISA. URSULA.

Luisa. (*Con mucha agitacion.*) Ursula! Ursula! dónde está?

Ursula. En mi habitación, señora. (*Se dirige hacia la puerta, por la que se marchó Jorge.*)

Luisa. Oh! cuánto me alegro!... así tendré tiempo para pensar, para reflexionar.... porque en medio de aquel bullicio.... de aquel gentío que me rodeaba, nada entendía, nada se me ocurría.... hasta ignoraba si existía....

Ursula. Tranquilizaos, señora, y volved en vos; pensad en la cruel noticia que vais á darle.

Luisa. Y crees tú que yo tendré valor para declarar-le lo que ha pasado? Quieres que vaya á decirle que le he olvidado.... que aparté de mi imaginacion la memoria de mi marido, que soy la esposa de otro hombre?... Quieres que yo vaya á decir á Jorge que he dado mi mano al hijo del conde de Avarennes.... oh! no, no, yo no puedo decirle eso.... jamás me atreveré.

Ursula. Pues entonces, qué es lo que vais á decirle?

Luisa. Lo sé yo por ventura? Oh! Dios mio! Dios mio!

Ursula. Pero él va á entrar, señora, va á hablar con vos ahora mismo, y si no le decis la verdad, qué partido vais á tomar? qué es lo que vais á hacer?

Luisa. Qué voy á hacer?... no lo sé... oh! ya ves que no lo sé. (*Llora.*)

Ursula. Vamos, señora, vamos.... no os desconsoléis así.... es preciso mostrar valor.... su peligro es tan inminente como el vuestro.

Luisa. Oh! sí, tienes razon, es preciso salvarle, y tal vez entonces... pero para eso es indispensable que yo sepa.... Vamos, cuéntame, qué te ha dicho? qué quiere? á qué ha venido?

Ursula. Ah! si vos supiéseis!....

Luisa. (Con impaciencia.) No te estoy pidiendo que me lo digas?

Ursula. Si he de dar fé á algunas palabras que dejó escapar en su impaciencia, creo que tratan de hacer alguna nueva tentativa....

Luisa. Será sin duda la conspiracion de que Arturo habló hace poco?

Ursula. No lo sé; estas son sus palabras: Di á Luisa que mi vida, y sobre todo mi honor, penden de que la vea sin tardanza.... porque si fuese descubierto, no seria yo el único que perderia su cabeza en un cadalso.

Luisa. Desgraciados!

Ursula. Dile ademas, que me es imposible abandonar esta quinta sin haberla visto.

Luisa. (Reflexionando de pronto.) Esta quinta.... luego quiere volverse á marchar?

Ursula. Asi parece.

Luisa. Quiere partir inmediatamente, no es esto?

Ursula. Inmediatamente segun me dijo; una hora de tardanza podria perderle.

Luisa. Inmediatamente!.... oh! entonces Dios me inspira! dile que venga.... una vez que quiere huir.... yo tambien huiré con él.

Ursula. (Con sentimiento.) Vos, señora?

Luisa. No es ese mi deber?

Ursula. Sí, decís bien, debéis seguirle.... partid con él.

Luisa. Y cuando vea que no he vacilado un momento.... cuando me asocie á sus peligros.... cuando vea que solo él me interesa en este mundo, entonces no titubeará en perdonarme, no es cierto?

Ursula. Oh! sí, no podrá menos de hacerlo.

Luisa. Pues, bien, vé á buscarle, dile que soy muy desgraciada.... que huiremos los dos de este sitio.

Ursula. Sí, sí, señora.... (Marchando.)

Luisa. (Deteniéndola.) Pero no, no le digas nada, no sea que sospeche.... Vé, vé pues, no des lugar á que

mi valor desmaye. Esta escalera secreta que sube á tu estancia comunica tambien con el parque... y por ella....

Ursula. Decis bien. (*Vase por la puerta de la derecha.*
Leoncio se presenta en el foro.)

ESCENA IV.

LEONCIO. LUISA.

Leoncio. (*Aparte.*) No me habia engañado.

Luisa. (*Sin ver á Leoncio.*) Y ahora, para que nadie pueda sorprendernos.... (*Vuélvese para ir á cerrar la puerta del fondo, y ve á Leoncio.*) Leoncio!...

Leoncio. (*Que oyó las últimas palabras de Luisa á Ursula.*) Luisa, todo lo he comprendido.

Luisa. Gran Dios!

Leoncio. Vé á buscarle, digiste; esta escalera comunica tambien con el parque, y por ella....

Luisa. Por ella?....

Leoncio. Se puede facilitar la fuga de un proscrito que no se engañó al venir á pedir un asilo á la viuda de Jorge Bernard, no es esto?

Luisa. Ah! hermano mio!

Leoncio. No creas que por ello vengo á hacerte ninguna reconvencion, hermana mia, antes por el contrario, vengo á ofrecerte mi auxilio.

Luisa. Pero quién te ha dicho?....

Leoncio. Ese hombre misterioso que llegó esta noche á la quinta, y del que nadie ha podido hallar otra vez la traza.... el terror que te domina hace algunas horas, y que en vano procuras desechar.... las entradas y salidas de Ursula en la sala de baile.... tu repentina desaparicion.... no son bastantes indicios sacaso?

Luisa. Pues bien! es verdad, Leoncio, y si supieses....

Leoncio. No me ocultes nada, Luisa.

Luisa. Oh! no, á él mas que á nadie, pues ha adivinado que amo á Arturo. (*Aparte y separándose de Leoncio.*)

Leoncio. Qué aguardas, hermana mia, no necesitas del auxilio de tu hermano?

Luisa. No, no, basto yo sola.

Leoncio. Sea como gustes; reserva para tí el placer de favorecer á un desgraciado; pero advierte que te buscan, que han estrañado tu ausencia que pueden entrar aquí, y que he venido á buscarte de parte de nuestra madre.

Luisa. (Esclamando de pronto.) Mi madre!.... Ah! sí, tienes razon.... escucha, Leoncio, es preciso buscar inmediatamente un carruage....

Leoncio. Marcial, mi fiel criado, se encargará de ello.

Luisa. Dispon que antes de un cuarto de hora esté pronto á la salida de la puerta falsa del parque.

Leoncio. Sí; allí estará sin falta.

Luisa. Despues que me hayas avisado que está todo dispuesto, volverás al salon, detendrás en él á mi madre, á nuestro hermano, á todos los demas: prolongarás la fiesta diciéndoles que te he ofrecido volver al instante, y de ese modo tendremos.... (Deteniéndose.) tendrá tiempo suficiente para huir.

Leoncio. Descuida en mi celo, hermaua mia. (Se dispone á salir por la puerta del foro. La música del baile vuelve á oirse.)

Luisa. Por allí, por allí, (Señalándole la puerta de la izquierda.) para que nadie pueda seguirte ni detenerte. No olvides que te esperamos.

Leoncio. (Sonriéndose.) Y me dirás entonces?....

Luisa. Oh! te juro que todo lo sabrás. (Vase Leoncio.)

ESCENA V.

LUISA, sola.

Sí, sí, de este modo es segura nuestra fuga. Oh Dios mio!.... protégenos y dame valor. Vamos, es preciso serenidad, ánimo. Dispongamos lo necesario, el dinero, mis alhajas, mis diamantes.... (Lo encierra todo en una caja: despues abre otros cajones.) Oh! no tendré tiempo suficiente.... (Lleva la caja al otro lado de la escena, y va á abrir los cajones del otro mueble.) ¿dónde estarán?... (Busca.) yo los guardé aquí... Oh! Dios mio! no acierto á buscarlos.... mi razon se ofusca.... pero dónde estarán

estos diamantes?... Oh! mi frente se abrasa.... (*Llévase la mano con desesperacion á la cabeza, y tropieza con el adorno y la diadema de brillantes.*) Ah! hélos aquí; me los habia puesto hoy para casarme con otro hombre.... Oh! Arturo! Arturo!.... Jorge!! (*Se presenta Jorge. Luisa quédase inmóvil y temblando en el mismo sitio. Cesa la música.*)

ESCENA VI.

LUISA. JORGE. URSULA.

Jorge. (*Aparte en el foro.*) Cómo tiembla!

Luisa. (*Aparte.*) Yo me siento morir!

Jorge. (*Aparte con dolor.*) Ni una sola palabra.... ah!

Ursula. (*Aproximándose á Luisa.*) Señora, señora, aquí le teneis.

Luisa. Bien, Ursula, bien: cuida de que no nos sorprendan: Leoncio vendrá dentro de un instante: ha ido á mandar que preparen un carruage. (*Vase Ursula por la puerta de la izquierda.*)

Jorge. (*Adelantándose y con severidad.*) Un carruage? y para qué?....

Luisa. Para huir contigo.

Jorge. Para huir, Luisa? No lo esperes: no he vuelto á Francia con la intencion de abandonarla otra vez.

Luisa. Pues bien, para que nos lleve á donde tú dispongas.

Jorge. Tú no puedes seguirme á donde yo pienso ir.... y un carruage no podria llevarnos á aquel sitio.

Luisa. (*Con dolor.*) Yo puedo seguirte á cualquier parte que vayas, aunque fueras en busca de la muerte: he de ir contigo sea como quiera.

Jorge. En medio de la noche?

Luisa. En medio de la noche.

Jorge. Con esos atavíos?

Luisa. Con estos atavíos.

Jorge. A pie?

Luisa. De rodillas, si tú quieres, (*Arrojándose á sus pies y prorumpiendo en llanto.*) pero es preciso que te siga.

Jorge. Luisa.... (Con severidad.) qué horroroso peligro te amenaza en este sitio, que atropellas por todo y te resuelves á seguirme? ¿No reflexionas que entonces habremos de estar solos por precision y habré de pedirte estrecha cuenta de tus acciones?... que habré de preguntarte si has guardado el decoro debido á mi nombre, porque viéndote arrojar á mis pies no puedo menos de sospechar que le has deshonrado?

Luisr. Pues bien, Jorge, si eso sucediese, te diria.... (Con dolor.)

Jorge. (Interrumpiéndola y levantándola ásperamente.)

Me dirias tu crimen, no es así?

Luisa. Te diria mi desgracia, y tú juzgarias si era criminal. Mira, todo está dispuesto, (Le muestra sus preparativos.) y yo pronta á partir.... Vamos.

Jorge. Luego ese hombre está aquí? (Estallando de cólera.)

Luisa. Qué es lo que dices?

Jorge. Está aquí, y puede venir á sorprenderte en este sitio, pues tiembblas de ese modo?

Luisa. Ah! tiemblo solo por tí.

Jorge. Por mí.... ó por ese amante á quien prefieres? (Con cólera.)

Luisa. Jorge, (Con gravedad.) Dios te ha salvado casi por milagro, y no has vuelto á pisar el suelo de Francia sin algun vasto designio.... considera te esperan.

Jorge. Sí, me esperan, y si tardo en comparecer, pierdo la ocasion de ejercer mi venganza en otros sitios, mas si me alejo pierdo tambien la venganza que debo ejercer aqui.

Luisa. No perderás ninguna de las dos; pues yo te acompaño: de ese modo cumplirás lo que has prometido, y tu honor quedará ileso.

Jorge. Mi honor!

Luisa. Sí, tu honor, como soldado y como esposo. Aquí está Leoncio: ven, ven, voy á cumplirte mi promesa, vas á saberlo todo. (Va hasta la puerta á encontrarle. Leoncio se presenta en ella.)

ESCENA VII.

LEONCIO. LUISA. JORGE.

Leoncio. (Al entrar.) Detente.... (Cierra la puerta.)

Jorge. (Bajo á Luisa.) Silencio hasta con él mismo!

Luisa. (Aparte.) Oh! qué irá á decirnos Leoncio?

Leoncio. Luisa!... Caballero!... mis temores se han confirmado: las mismas sospechas que despertó en mí la turbacion de mi hermana, han alarmado á los demas.... He sabido que estan guardadas todas las salidas de la quinta: no hay medio alguno de huir sin que os vean.

Luisa. Somos perdidos!

Jorge. Perdidos!

Leoncio. No lo sereis, si seguis el consejo que vengo á á daros. (Se aproxima á Jorge.) Acabo de dejar en el aposento de Úrsula un traje de baile, por el cual podreis trocar ese vestido.

Luisa. Cómo?

Leoncio. El coche que he mandado disponer está mezclado entre los de los convidados á la fiesta. Disfrazado con el traje de baile podreis atravesar el salon, y llegar sin dificultad hasta la puerta.

Luisa. (Aparte á Jorge.) Allí me encontrarás.

Leoncio. De ese modo os tomarán por uno de los concurrentes al baile, y nadie podrá concebir la menor sospecha.

Jorge. Os doy las gracias, caballero, y acepto vuestro generoso auxilio.

Leoncio. Pero para asegurar el éxito es indispensable que Luisa vuelva de nuevo al salon... que disipe con su presencia las sospechas que pudiera haber originado.

Luisa. Estoy pronta... me esforzaré para mostrar valor y serenidad.

Jorge. (Amargamente á Luisa.) Comprendo el esfuerzo que vais á hacer, señora.

Leoncio. Date prisa, porque pueden venir... vuelve al baile: yo voy á entregar el traje á este caballero, y antes de diez minutos estaremos en la puerta prin-

cipal. (*Leoncio va de nuevo á la puerta para asegurarse que nadie le ha seguido.*)

Jorge. No olvidéis, señora, que yo no me marchó sin vos. (*Vase.*)

Luisa. Ann me quedaba esta prueba, Dios mio! Dadme valor para disimular hasta el fin!

Leoncio. Animo, Luisa; (*Volviendo al lado de su hermana.*) nada temas.... yo velo por tu seguridad.

Luisa. Leoncio, ten presente que si llegan á prender á ese proscrito, no me queda ya mas recurso que la muerte.

Leoncio. (*Sorprendido.*) Qué quieres decir?

Luisa. (*Alejándose.*) Nada, nada....

Leoncio. No le queda mas recurso que la muerte, ha dicho! Quién es entonces ese hombre? (*Se sienten pasos.*) Siento pasos... Es mi hermano.... viene con Natalio.... Ah! no será sin misterio su venida á este sitio. (*Vase por la puerta pequeña de la derecha.*)

ESCENA VIII.

EL MARQUES. NATALIO. *Salen por la puerta del foro.*

Marques. (*Al salir.*) Y dices que debe estar aqui?

Natalio. Sí señor, aquí.... (*Señalando á la puerta de la derecha.*)

Marques. En el cuarto de Ursula?

Natalio. En el cuarto de Ursula, porque ha habido luz en él toda la noche, aunque la vieja ha salido muchas veces.

Marques. Quién podrá ser ese hombre?

Natalio. Si deseais saberlo, vamos á averiguarlo.

Marques. Sí, lo deseo, porque estoy seguro de que Luisa está en el secreto. Tal vez ese desconocido que se ha introducido aqui furtivamente sea algun cómplice antiguo de Jorge. Habrá amenazado á mi hermana.... y abusando de su debilidad, habrá conseguido que favorezca su fuga.

Natalio. Y que le ayude con sus riquezas, (*Reparando en la caja que está sobre el tocador.*) á lo que observe, señor.

Marques. Cómo!

Natalio. Mirad.... el cofrecillo donde guarda sus joyas abierto.... oro, alhajas..... (*Mostrando la caja.*)

Marques. Con efecto!.... no me habia engañado! Estan apostados los hombres que te encargué?

Natalio. Solo esperan vuestras órdenes.

Marques. Bien está: hazlos subir aquí.

Natalio. Al instante. (*Vase por la puerta del foro. Leoncio sale por la puertecilla de la dercha.*)

Marques. El ruido de la fiesta encubrirá el de la prision.

ESCENA IX.

EL MARQUES. LEONCIO.

Leoncio. Os engañais, hermano mio. El ruido de la prision superará al de la fiesta.

Marques. (*Sorprendido.*) Qué quereis decir con eso, Leoncio?

Leoncio. Que si llamais á vuestros esbirros para arres-
tar en este sitio á un proscrito desgraciado que ha
confiado en el honor de los de esta casa, yo llama-
ré á todos los que han venido á la funcion, para que
vean cómo entiende las sacrosantas leyes de la hos-
pitalidad el marques de Mellisens.

Marques. (*Secamente.*) Enhorabuena, caballero, asi
observarán al propio tiempo cuán lealmente cumple
el teniente Leoncio Dubourg el juramento de fide-
lidad que pronunció al recibir el grado que le dis-
tingue.

Leoncio. Convenidos. A cada uno el deshonor que le
cupiere.

Marques. A vos el de revolucionario.

Leoncio. A vos el de delator.

Marques. No sino el de haber cumplido con mi deber,
porque vos olvidais que aunque sean en este sitio
poco importantes las funciones que en el pueblo ejer-
zo, soy el primer magistrado de la comarca; que
bajo ese título y en circunstancias tan delicadas po-
dria muy bien reclamar el auxilio de vuestra espa-
da; y que entonces vos no podriais menos de pres-
tármele, á no querer quedar como traidor y co-
barde.

Leoncio. (Con furor.) Marques!!... Pues bien, aunque así sea, ni vos ni vuestros asesinos entrareis allí... no hallareis el proscrito que buscáis sin hollar primero mi cadaver... Si esto es traicion y cobardía, quiero ser traidor y cobarde.

Marques. (Aparte.) Insensato!!... (Con dulzura.) Leoncio, vuestra razon se estravía. Ignorais por ventura que no es un proscrito el que buscamos?... que es un revolucionario?... un hombre que tiene inteligencias secretas en Grenoble?... que ha intentado seducir la guarnicion?... que ha comprometido á un sin número de oficiales? Lo que nosotros queremos es evitar un crimen, y no perseguir á un desgraciado. La prision de ese hombre nos proporcionará descubrir tal vez los nombres de sus cómplices.

Leoncio. Para aumentar el número de las víctimas, no es esto?

Marques. (Con severidad.) Cuidad no seais vos uno de ellos!... En esa conspiracion estan comprometidos varios oficiales, y vuestra obstinacion en defender á ese delincuente despierta en mí ciertas sospechas...

Leoncio. Que os moverán sin duda á prenderme á mí tambien, no es así?

Marques. Basta ya de discusiones inútiles... no me obligueis á poner un término á la obstinacion insensata con que os oponéis á que se dé cumplimiento á la ley. (Se presenta el vizconde.)

ESCENA X.

EL MARQUES. EL VIZCONDE. LEONCIO, despues NATALIO.

Leoncio. Ah! sois vos, entrad, entrad.... (Corriendo á su encuentro.)

Arturo. Prudencia, Leoncio! no demos un escándalo. (Con dulzura.)

Leoncio. Ah! luego vos lo sabeis tambien?... Entonces no podeis permitirlo, estoy seguro de ello.

Arturo. Leoncio, yo no puedo hacer nada en este asunto: mi padre se halla instruido de él, va á venir, y vos conocéis su inflexible rigor.

Leoncio. Vuestro padre!!... oh! es imposible.... y que!...

vos, que acabais de dar la mano á la viuda de un proscrito, permitireis que el primer dia de su enlace se señale con una mancha de sangre... con el recuerdo de un suplicio!... cuando ella ha sufrido tanto por iguales desgracias!... Ah! pobre hermana mia!... desgraciada Luisa! es esta la ventura que acaba de prometerte en los altares el vizconde d'Averrennes?

Arturo. He sabido demasiado tarde este suceso para poderle evitar.

Leoncio. Pero vos hablareis á vuestro padre... no le dejareis cometer semejante crimen... no podeis permitirlo!

Arturo. Os juro que haré cuanto esté de mi parte para salvar á ese hombre.

Marques. Ah! Acabemos de una vez. (*Con impaciencia.*) Natalio, Natalio! (*Sale Natalio.*) Haced vuestro deber.

ESCENA XI.

EL MARQUES. NATALIO. EL VIZCONDE. LUISA. LEONCIO.

(*Luisa sale precipitadamente por la puerta del foro, y se coloca delante de la de la derecha.*)

Luisa. Deteneos!... no, no... no entrareis aqui..... oh! no!...

Marques. (*Con severidad.*) Luisa!

Leoncio. (*Aparte á Luisa.*) Es implacable su rencor!

Luisa. Vos tambien!... Arturo, Arturo!! (*Al vizconde, á quien no ha visto hasta ahora.*) Si supiéseis quién es este proscrito!

ESCENA XII.

EL VIZCONDE. EL MARQUES. NATALIO. JORGE. LUISA. LEONCIO.

Jorge. (*Presentándose.*) Vais á saberlo.... aqui le teneis!

Luisa. (*Con terror.*) Gran Dios!... qué irá á decir?

Jorge. (*Dando la mano á Leoncio.*) Recibid mi gratitud, valiente jóven: sois digno hijo de un militar noble y valeroso.

Marques. (A Natalio y los suyos.) Apoderaos de ese hombre.... registradle.

Jorge. Es inútil, caballero.... Hé aqui mis armas, (Entrega las pistolas á Natalio, que se habia adelantado.) me entrego sin resistencia.

Marques. Vuestro nombre?

Jorge. Mi nombre? Preguntádselo á la viuda de Jorge Bernard, hoy vizcondesa d'Avareennes.

Luisa. Todo lo sabe!... soy perdida! (Desfalleciendo.)

Leoncio. Luisa!... (Acudiendo á socorrerla: la sienta en un sillón.)

Arturo. (Con asombro.) Perdida!

Marques. (A Natalio.) Disponed lo necesario para conducirle á Grenoble.

Arturo. Deteneos, marques: antes es preciso que yo hable con Luisa. Socorredla ahora; despues Dios descubrirá la verdad.

ACTO TERCERO.

Salon del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

LEONCIO. EL VIZCONDE.

(Se figura que es de noche. Sobre una mesa de la derecha habrá dos bugías encendidas. El vizconde está sentado al lado de la mesa, y manifiesta hallarse sumido en sus reflexiones. Leoncio viene por la puerta de la izquierda.)

Leoncio. (Aproximándose.) Me esperábais, según me han dicho, señor vizconde?

Arturo. Ah! sois vos, Leoncio? Cómo se encuentra vuestra hermana desde que volvió de su desmayo?

Leoncio. Ursula acaba de decirme que está mucho mejor.

Arturo. (Sorprendido.) Ursula!... Ah! según eso vos no habeis estado al lado de Luisa?

Leoncio. No, señor vizconde... me hallaba con mi madre en la sala que precede á su estancia.

Arturo. Cómo!... y madama de Mellisens?...

Leoncio. Os sorprende que haya abandonado á su hija, no es esto?... Oid, Arturo, nada quiero ocultaros... Voy á haceros una esplicacion franca y sincera de todo lo ocurrido, y espero que vos sabreis apreciarla en lo que vale.

Arturo. Ya os escueho.

Leoncio. Apenas recobró mi hermana sus sentidos, la acometió una especie de delirio, que la vista de nuestra madre exasperó mucho mas. « Vos lo habeis querido, la decia Luisa, hé aqui vuestra obra.»

Arturo. Veo que no me habia equivocado!

Leoncio. Si yo os hablo de esto, vizconde, es porque

puedo mejor que nadie desvanecer los temores que tales palabras habrán suscitado quizá en vuestro corazón.... Luisa os ama, estoy cierto de ello, porque me lo ha confiado con toda la efusión de su alma.... pero os advierto también que su amor no está exento de remordimientos....

Arturo. (Con ironía.) Ah! con que siente remordimientos!

Leoncio. Arturo, es preciso ser justos! Considerad el nombre que antes tenia y el que ahora acaba de recibir.

Arturo. Oh! Si no fuese mas que eso!....

Leoncio. Y qué otra cosa puede ser? Os juro que antes de haber visto á ese proscrito, Luisa me habia confiado ya sus temores, y, pues es fuerza repetirlo, los remordimientos que la agitaban; considerad ahora el efecto que ha debido producir en ella la presencia fatal é inesperada de ese desgraciado, cuya situacion ha debido traer á su imaginacion tan funestos recuerdos, y al cual ha visto arrestar en su propia casa por orden de su hermano y en presencia de su nuevo esposo.

Arturo. Bien está, pero decidme vos, Leoncio, conocéis á ese hombre?

Leoncio. Ignoro hasta el nombre que tiene; pero si consigo averiguarlo, no dudaré un punto en venir á confíaroslo y ponerle bajo la salvaguardia de vuestro honor; os lo protesto.

Arturo. Entonces Ursula debe saberlo.

Leoncio. Asi lo creo.... y si quereis preguntárselo....

Arturo. A ella?.... no.... Pero si Luisa pudiese recibirme.... ó mas bien si se dignase venir á este sitio por un momento....

Leoncio. Voy á manifestarla vuestro deseo.... pero antes permitidme que os recuerde, Arturo, la promesa que me hicisteis de libertar á ese desgraciado.

Arturo. No creais que la he olvidado. y justamente es esa la causa porque deseo ver á Luisa inmediatamente. El marques, movido de su celo, tal vez demasiado eficaz por la causa pública, le acompaña hasta Grenoble, con el objeto de traer la fuerza armada necesaria para la traslacion del preso.

Leoncio. Y ha sido ese el único motivo de su ausencia?

Arturo. Sí, porque la noticia de esta prision se ha esparcido ya por los alrededores de la quinta; los habitantes del contorno no estan en el mejor sentido, y si al arrestado no le acompañase una escolta algo respetable, pudieran intentar un golpe de mano que le arrancase del poder de la justicia.

Leoncio. Cuántas precauciones contra un hombre solo é indefenso!

Arturo. Todas ellas pueden convertirse en favor suyo, pues nos dejan la libertad de hacer lo que convenga durante la ausencia de mi padre y del marques. El preso ha sido confiado á mi custodia, y si lo que voy á preguntar á Luisa me permite hacer lo que medito, desde ahora os respondo de que le salvaré.

Leoncio. Cualquiera que sea el éxito de esa entrevista, salvadle, señor, salvadle! Luisa os ama ya por la proteccion que os dignásteis dispensarla; haced partícipe de ella á ese desgraciado, y el amor que mi hermana os profesa se verá exento de temor y remordimientos. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

EL VIZCONDE, *solo.*

Se verá exento de temor y remordimientos!... Sí, no hay duda que su temor desaparecerá cuando se aleje el que le causa... pero sucederá lo mismo con sus remordimientos?... Oh! alejad de mi pecho esta sospecha, Dios mio!... Sí, yo creo que me ama, su hermano dice que este amor es precisamente el que escita los recuerdos dolorosos de su vida anterior!... Pero qué es lo que voy yo á preguntarla ahora? Ayer, deslumbrado por mi pasion, hubiera desmentido á cualquiera que hubiese tenido la osadía de dudar de la pureza de sus acciones, y hoy... Ah! hoy la pasion me ofusca tambien; me hace ver en este acontecimiento, debido á la casualidad únicamente, la consecuencia de una falta que me habian

ocultado.... Oh! no, eso es imposible... olvido que Luisa se afecta demasiado fácilmente á la mas ligera emocion.... que quebrantada su alma con el sufrimiento, la menor cosa la aterra é intimida.... Sí, ese hombre debe ser algun antiguo amigo de Jorge, algun soldado veterano de ese ejército de Napoleon que formaba una sola familia, en la que cada individuo garantizaba y defendia el honor de los demas. Quién sabe las reconvenciones que ese hombre ha podido dirigir á Luisa? Sí, no hay duda, solo los recuerdos de la proscripcion de su marido la atormentan de ese modo.... su hermano tiene razon: el odio implacable que se profesan los diversos bandos políticos la llena de terror; nada tiene de que avergonzarse, y á mí me toca disipar sus temores y remordimientos.... Ah! Luisa, perdóname, sí... aquí se acerca.... qué palida está!....

ESCENA III.

LEONCIO. LUISA. EL VIZCONDE.

Arturo. Luisa!

Luisa. Caballero, mi hermano me ha dicho que deseábais hablarme.

Arturo. Sí, Luisa, sí... y tambien he dicho á Leoncio....

Leoncio. Lo que ella escuchará gustosa de vuestra misma boca, y lo que solo vos podeis decirla. Yo corro entretanto á la puerta falsa del parque. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUISA. EL VIZCONDE.

Luisa. Qué es lo que ha querido decir Leoncio?

Arturo. No lo habeis comprendido? Habré de decíroslo yo todo para que no me juzgueis tan cruel como los hombres inhumanos que causan vuestro pesar.

Luisa. Sí, teneis razon.... mucho me hacen sufrir, mucho.... (*Con desconsuelo.*) pero en fin, vos me habeis

hecho llamar... qué quereis? aquí me teneis...

Arturo. Luisa!... Luisa! Vuestra palidez, ese abatimiento... Oh! mas tarde... en otra ocasion...

Luisa. No, no, hablad ahora, ahora... os lo suplico.

Arturo. Perdonad, pues, si hago tomar á esta conversacion un giro demasiado grave y circunspecto, que tal vez hubiera escusado si hubiese visto que confiabais mas en mí.

Luisa. Que confiase mas en vos! Y cuándo he dudado yo de la generosidad de vuestros sentimientos?

Arturo. Ayer, Luisa, ayer; cuando ese proscrito vino á pedirnos un asilo, no os dignásteis dirigiros á mí para favorecerle.

Luisa. A vos?... Yo! yo dirigirme á vos!

Arturo. Sí, Luisa, si vos me hubiéscis conocido á fondo, no hubiéseis tenido el menor reparo en hacerlo.

Luisa. Ah! Señor...

Arturo. Porque ya es tiempo de que os hable de la firmeza. Creedme, Luisa, los rencores políticos son implacables tan solo entre los hombres que sufrieron nada por el partido que defienden: esa obstinada persecucion solo la ejercen los que nunca fueron perseguidos; jamás hallará cabida en el corazon de los que ofrecieron su vida en prueba de la sinceridad de sus opiniones. Mi padre y yo fuimos desterrados por haber defendido nuestra causa, y si la sangre vertida es un signo irrecusable de fidelidad, ni él ni yo teníamos necesidad de derramar la de los proscritos, porque hace mucho tiempo que la nuestra ha marcado nuestra adhesion con un sello indeleble.

Luisa. Lo sé, Arturo, y sin embargo...

Arturo. Sin embargo mi padre se ha mostrado inflexible, no es eso lo que íbais a decir? Pero vos ignorais sin duda que esa severidad es obra de nuestros enemigos, porque á fuerza de tacharnos de continuo con la nota de cobardes, nos han obligado á emplear con ellos el rigor, y á provocar las represalias con que nos amenazaban.

Luisa. (Aparte.) Y que quizás no tarden en poner en práctica, Dios mio

Arturo. Pero esta lucha horrible toca á su término. Ya es tiempo de que recurramos al olvido y al perdón sin miedo de que nos acusen de timidez; somos bastante fuertes para perdonar, y perdonaremos: hé aquí el modo de pensar de los hombres sinceros de nuestro partido!.... Hé aquí el mio, Luisa, el del hombre á quien confiáis vuestra existencia: y ahora... no tenéis nada que decirme?

Luisa. Oh! Arturo! Cuán noble y generoso sois!

Arturo. Sentís de veras lo que decís, Luisa?

Luisa. Sí, Arturo, sí, jamás he dudado de la hidalguía y nobleza de vuestros sentimientos.... pero.... salvaréis á ese proscrito, no es verdad?

Arturo. (Con ternura.) Sí, le salvaré.... Mas en pago de ello vos me amareis sin temor, seréis mia sin sentir remordimientos?

Luisa (Con sorpresa.) Ah! Señor....

(Llamada con afecto.) Luisa! Luisa!.... Por qué siempre delante de mí?

(Cumpliendo enagenada.) Por qué?... no leéis en mi semblante, no observais en la turbacion que agita mi alma, que se oculta en mi corazón algun misterio horrible?... un misterio que no me atrevo, que no puedo revelar?

Arturo. (Aparte y separándose de ella.) Oh Dios mio! Serian ciertas mis sospechas!

Luisa. (Acercándose.) Pero ya me habeis prometido salvarle; y lo cumplireis?

Arturo. (Con frialdad.) Sí, lo cumpliré.... no temais que sufra por mas tiempo la proscripción, ni que sucumba en el cadalso.... os prometo su libertad.

Luisa. (Con calor.) Oh! Gracias, señor, gracias! (Con mucha expresion.) Permitidme ahora que vaya yo misma á participarle tan dichosa nueva.

Arturo. (Después de una pausa.) No, deteneos.... La determinacion que acabo de tomar trae consigo una responsabilidad que solo debe pesar sobre mí.

Luisa. (Con temor.) Qué oigo? Y es por mí por quien vais á arrostrar sus consecuencias?

Arturo. Tal vez tenga yo tambien en ello algun interés personal. Volved, señora, á vuestro aposento.... es fuerza disponer los preparativos para su fuga, y

nadie puede hacerlo mas que yo. Idos, señora; marchad!.... fiad en mi celo.

Luisa. (Pronta á salir, se detiene y vuelve al lado del vizconde.) Arturo! Arturo!.... si vos supiéseis la gratitud que experimenta mi corazón!.... si vos supiéseis cuánto sufro! (El vizconde se aproxima á ella.) Oh! vos me compadeceréis algun dia.... sí, me compadeceréis; estoy segura de ello. (Vase.)

ESCENA V.

EL VIZCONDE, solo.

Compadecerla!.... Oh! vengarme es primero. (Toca la campanilla y aparece un agente.) Mandad venir aquí al preso inmediatamente. (Vase el agente.) Mucho debe amarla ese hombre.... muy grande es su pasión, cuando le obliga á atropellar por todo, ó exponerse á la muerte por volverla á ver, por verla de nuevo quizá!.... y sin embargo, dudo todavía.... Oh! no, no.... su terror, sus últimas palabras.... Ah! Luisa! Luisa!.... Juro que he de arrancar á ese hombre el secreto que intentas ocultarme; y si Dios es justo.... despues de mí solo podrá decírselo á él.

ESCENA VI.

JORGE. EL VIZCONDE. EL AGENTE.

Jorge. (Al agente que viene con él por la puerta del foro.) Es el señor el que preguntaba por mí?

Arturo. (Desde el proscenio.) Yo mismo, caballero. (Al agente.) Dejadnos. (Vase el agente. El vizconde se dirige hácia el foro como para cerciorarse de que está solo con Jorge.)

Jorge. (Aparte y bajando al proscenio.) Hé aquí el hijo del perseguidor de mis hermanos de armas! el hombre que me ha arrebatado el amor de Luisa!.... Ah! Hagámosle sufrir uno por uno todos los tormentos que yo he padecido.

Arturo. (Volviéndose de pronto al proscenio, y colo-

cándose frente por frente de Jorge.) Caballero, me conocéis?

Jorge. (Con desden y sangre fría.) Tres hombres habia ayer delante de mí cuando me prendieron: uno que queria salvarme; otro que queria perderme, y un tercero que no se mezclaba en nada. El primero es un jóven caballeroso y valiente, y se llama Leoncio Dubourg; el segundo un realista fanático; se titula marques de Mellisens; el tercero un hombre sin el necesario arrojo para arriesgar su vida por salvar ó perseguir á un enemigo; es el vizconde d'Avarenes, sois vos.... Ya veis que os conozco.

Arturo. (Con serenidad.) Veo que sabeis mi nombre.

Jorge. (Con altivez.) Y tambien podreis ver que asimismo conozco el valor del que le tiene.

Arturo. (Con tono pacífico, pero desdeñoso.) Caballero, creo que los dos estamos aqui para decirnos algo mas que injurias fuera de tiempo.... Vos teneis la presuncion de conocerme, sea en buen hora.... Yo, por ignorar cuanto con vos tiene relacion, ignoro hasta vuestro nombre.

Jorge. Es decir que la señora vizcondesa se ha negado á decirosle?

Arturo. Tened entendido que tampoco se le he preguntado.

Jorge. (Sonriéndose.) Alabo la discrecion, caballero.

Arturo. Pues mucho mas alabareis en mí esa virtud, cuando sepais que vengo á hablaros de parte de la misma vizcondesa d'Avarenes.

Jorge. (Con cólera concentrada.) Esa señora os ha encargado á vos de un mensaje para mí!

Arturo. Sí, porque sin duda se interesa por vuestra suerte.

Jorge. (Idem.) Ah! Se ha dignado interesarse por mi suerte!

Arturo. Ha hecho mas aun; me ha rogado y suplicado que hiciera valer mi influjo para salvar la vida de un desgraciado proscripto.

Jorge. (Con desconsuelo.) De un desgraciado proscripto!

Arturo. Y por lo tanto he querido prometeros yo en persona que os salvaré la vida.

Jorge. (Con tono de mofa.) Vos!... á mí!

Arturo. Sí, yo. Y he querido preguntaros tambien, si vos admitireis con gusto esta promesa.

Jorge. (Idem.) Pues no lo he de admitir... y de vos! con muchísimo gusto.

Arturo. (Ofendido.) Caballero! Ese tono burlon...

Jorge. (Con calma.) Qué tenemos, señor mio? (Pausa.)

Arturo. (Aparte.) Oh! Yo le haré hablar.

Jorge. (Aparte.) Te entiendo... Llegó la ocasion de vengarme.

Arturo. (Volviendo á tomar un tono de urbanidad desdeñosa.) Como soy, caballero, que he recibido un gran placer en que hayais querido admitir el favor que intento haceros.

Jorge. (Fingiendo un tono galante y afectuoso.) Y por él soy deudor á vuestra esposa, de un agradecimiento cuyos límites solo ella está en el caso de apreciar.

Arturo. No hay por qué... la voz de la compasion es la única á que Luisa ha dado oidos para salvaros.

Jorge. Quizás tambien Luisa, ya que la llamais así, Luisa, digo, haya dado oidos á la voz de antiguos recuerdos!

Arturo. (Reprimiendo un movimiento de cólera.) Es cierto que el partido á que vos perteneceis ha debido dejárselos muy crueles.

Jorge. Oh! Los recuerdos políticos ejercen bien poco influjo en las mugeres; otros mas gratos son los que sucle conservar su corazon.

Arturo. (Secamente.) Y os creeis por ventura con derecho á que conserven de vos tales recuerdos?

Jorge. (Con fatuidad é ironía.) Qué quereis, señor vizconde. Nosotros éramos en verdad unos pobres soldadotes sin educacion ni bellos modales... pero como vosotros no estábais entonces por acá...

Arturo. (Con enojo y frialdad.) Basta, caballero; sé ya cuanto deseaba saber.

Jorge. (Con soflama.) Sí, por cierto! bien mirado, yo no he podido deciros mas.

Arturo. Ni yo necesito tampoco oiros mas para conocer lo que sois.

Jorge. (Admirado.) Lo que soy!

Arturo. (Con cólera, y reprimiéndose.) Sí, lo que sois! ahora comprendo lo que valen las palabras de un hombre como vos, y os digo que mentís.

Jorge. (Acalorándose.) Yo mentir! (*Volviendo á tomar su tono burlon.*) Pero.... hago mal en incomodarme. Debo hacerme el cargo de que á vos os conviene mas echarlo por el lado del embuste! es mucho mas cómodo y mucho menos peligroso sobre todo.

Arturo. (Esforzándose para reprimir su cólera.) No os he dicho ya que mentís?

Jorge. Tambien me habeis dicho hace poco que no habíamos venido aqui para decirnos injurias fuera de tiempo.

Arturo. (Con desprecio.) Es que yo no podia suponer en vos tanta infamia.

Jorge. (Interrumpiéndole.) De una infamia tan solo es de la que no puede librarse el que está preso; mas os desafío á que me probeis que yo he cometido la de calumniar á nadie.

Arturo. (Perdiendo su serenidad.) Volveis á empezar?

Jorge. No, acabo..... Ayer evité á vuestros agentes el trabajo de registrarme entregándoles yo mismo mis armas: eso motivó sin duda el que no cayera en sus manos este retrato. (*Enseñando un medallon al vizconde.*)

Arturo. (Con curiosidad é inquietud.) Ese retrato!....

Jorge. (Sonriéndose.) Oh! no tengais duda, es el de Luisa; mirad....

Arturo. (Sin poderse contener apenas.) El de Luisa!

Jorge. (Pagado de sí.) En aquel tiempo era mas bonita que ahora.

Arturo. (Iracundo.) Miserable!

Jorge. La dicha de perteneceros no la habia costado aun el raudal de lágrimas que ha marchitado un tanto su belleza.

Arturo. (Fuera de sí.) Oh! sois un infame.

Jorge. (Con escarnio.) Pero aun se conserva bastante bien y....

Arturo. (Lanzándose á él.) Basta, hombre vil y despreciable, basta.

Jorge. (Estallando.) Oh! Gracias á Dios.... eso busca-

ba... veros ciego de cólera y de despecho... Sufrid ahora como yo he sufrido.

Arturo. (Exasperado.) Sí; pero vas á morir.

Jorge. Ya sé que en Grenoble me aguardan el verdugo y el cadalso.

Arturo. (Furioso y apretándole el brazo.) No, no ha de ser en Grenoble!... Aquí, aquí... en el acto. Seas quien fueres, proscripto ó no, desde este momento me perteneces, y no he de consentir que te apartes de mí.

Jorge. (Con dignidad.) Ah! Siendo así, gracias, vizconde; ahora sí que os doy las gracias y siento haberos insultado, porque sois digno de batiros conmigo, y acepto lo que me proponéis.

Arturo. Dentro de dos horas se habrá oscurecido el día.

Jorge. Dentro de dos horas cesará de haber días para uno de los dos. *(Se encaminan hacia la puerta del foro. Luisa se presenta en la de la izquierda.)*

ESCENA VII.

JORGE. LUISA. EL VIZCONDE.

Luisa. (Sale precipitadamente, y se encamina al vizconde.) Ah! Señor... Natalio está de vuelta. Ha dicho que mi hermano viene detras con algunos soldados, y aun no habeis dado libertad al preso.

Arturo. (Con enojo.) Señora, tened por cierto que ahora me interesa á mí tanto como á vos el dársela.

Jorge. Y á mí el recibirla?

Luisa. (Asustada y mirando á Jorge.) Dios mio! Y para qué?

Jorge. (A Luisa con ira.) Para saber si maneja bien la espada vuestro nuevo esposo. *(Se encamina hacia la puerta.)*

Luisa. Gran Dios!

Arturo. (Con energía.) Para saber si llorais mucho á vuestro amante. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

LUISA, sola.

Mi amante!.... él tambien!.... Oh! No, no, eso no puede ser.... yo no puedo seguir siendo por mas tiempo el objeto del escarnio y del desprecio de todos! Vos sabeis, Dios mio, que no lo he merecido! Hablaré, pues Jorge me obliga á ello; lo sabrá todo Arturo: Dios decidirá, y quizá en su suprema sabiduría buscará medio de salvarle. (Se encamina hácia la puerta y se encuentra con el marques.)

ESCENA IX.

LUISA. EL MARQUES.

Marques. (Deteniendo á Luisa.) Ya no es tiempo, señora.

Luisa. (Con amarga ironía.) Ah! Sois vos, señor marques.

Marques. Yo, que llego á tiempo de impedir las consecuencias de la debilidad del vizconde.

Luisa. Os felicito por ello.

Marques. Sí, he sabido que alucinado con vuestro llanto pensaba en volver la libertad al preso.

Luisa. Y venis á estorbarlo? Oh! hareis bien.

Marques. (Sorprendido.) Luisa....

Luisa. Sí; repito que bareis bien; porque los dos iban á aprovecharse de esa libertad para batirse y matarse.

Marques. Batirse y matarse.... y por qué?

Luisa. (Con frenesí.) Por qué?... porque mi marido dice que he sido una infame en casarme con el vizconde d'Avarenes.

Marques. (Creyendo que desvaría.) Luisa....

Luisa. (Idem.) Y porque el vizconde dice que he sido una infame en haber querido salvar á mi amante.

Marques. Luisa, vos habeis perdido el juicio.

Luisa. No, no, no estoy loca.... sois vos que no me comprendeis. Pero quizá me comprendereis cuando despues de haberle hecho prender y llevarle á Grenoble,

el verdugo enseñe su cabeza ensangrentada al pueblo, diciendo: Hé aqui la cabeza de Jorge Bernard.
Marques. (Atónito.) Jorge Bernard! Luego vive!

Luisa. (Idem.) Y entonces quizá comprendereis tambien que yo no puedo ni quiero pasar por infame con el marido que me hicisteis creer muerto, ni con el que me habeis obligado á elegir despues: que ya no debo callar por mas tiempo, y que publicaré en alta voz al que quiera escucharme los martirios que me habeis hecho padecer, las amenazas que habeis empleado contra una débil muger; en fin, vuestras vilezas e iniquidades.

Marques. (Con calor.) Silencio! Yo le salvaré.

Luisa. (Exaltada.) Ya no es tiempo... le habeis perdido y me habeis perdido! Ahora quiero yo perderos tambien.

Marques. (Yendo al foro y llamando.) Natalio! *(Sale Natalio.)* No permitais que se acerque ninguno al preso.

Luisa. Hablaré á Arturo.

Marques. (A Luisa.) No hablareis á nadie. *(A Natalio.)* Custodiad esa puerta. *(Luisa se deja caer en un sillón. Cuadro.)*

ACTO CUARTO.

Sala del pabellon en que está encerrado Jorge. En el foro gran puerta en el centro y balcon á la derecha. Puerta que da al campo á la derecha. Mesas con bugias encendidas, papeles y tintero. A la izquierda una puerta que comunica con otra habitacion. Mas allá otra puerta que da á un vestibulo. Por la parte exterior está oscuro.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE, señalando á la habitacion de la izquierda.

Ah! El marques está ahí, y no puedo esperar el dia para abrir la puerta de su prision. Qué me importa la venganza del pais si aseguro la mia!... Voy á dar libertad á ese hombre, y asistirá, lo sé, á la cita que le daré: el odio se habia apoderado demasiado de su alma para que falte á ella.... Entremos. (*Se dirige á la puerta de la izquierda. Le detiene Natalio que está en la pieza que antecede al cuarto que sirve de prision á Jorge.*)

ESCENA II.

NATALIO. EL VIZCONDE.

Natalio. Perdonad, señor vizconde; no podeis pasar!....

Arturo. Cómo es eso?... Quién ha podido dar tales órdenes?

Natalio. El que tiene derecho para darlas aqui.... el señor marques.

Arturo. Y pensais que puedan referirse á mí?

Natalio. Lo pienso tanto mas, cuanto que el señor marques os ha nombrado especialmente.

Arturo. A mí?

Natalio. A vos, señor vizconde.

Arturo. Y euándo ha dado esas órdenes?

Natalio. Un cuarto de hora despues de haber llegado... á poeo de una conversacion que ha tenido con su hermana, vuestra esposa, cuyas lágrimas corrian en abundancia.

Arturo. Basta.... Cumplid con vuestro deber!

Natalio. Oh! Inútil recomendacion.... Mientras que el preso corra por mi cuenta, os juro que no se escapará, sea quien fuere el que intente salvarle. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL VIZCONDE, *solo.*

Ah! El marques lo sabe todo: la desesperacion de Luisa ha hablado y quiere hacer que el preso salga de aqui á toda costa.... quiere enviarle á sus jueces para poder acusarle despues de su muerte de impostura y calumnia.... No, que ese hombre no pueda decir que me ha insultado como lo ha hecho, y que he confiado al verdugo mi venganza.... No, no marchará.... no marchará. (*Sale Leoncio.*)

ESCENA IV.

EL VIZCONDE. LEONCIO.

Leoncio. Arturo! Os buscaba.... decidme lo que pasa.

Arturo. A qué viene esa inquietud?

Leoncio. No comprendéis cuál es el motivo de ella?....

Creyendo que cumpliriais vuestra promesa, aguardaba al proscrito en la puerta falsa del parque. Mi hermano ha vuelto, os he buscado, y como ha sido inútil, he querido ver á Luisa... Figuraos cómo me habré quedado cuando he sabido que nadie podia hablarla.

Arturo. (*Sorprendido.*) Nadie, decis?

Leoncio. Me han negado la entrada en su habitacion, y Ursula habia ya intentado en vano penetrar en ella.

Arturo. Cómo? Luisa está presa!

Leoncio. Os digo lo que acaba de pasar.

Arturo. Pero qué disculpa os han dado?

Leoncio. Vizconde, yo no me atrevo á suponer.... No puedo olvidar que el que manda aquí es mi hermano.... pero semejantes medidas adoptadas con Luisa....

Arturo. Pretenderian acaso ocultármela á mí tambien?

Leoncio. Quién sabe?.... Temen quizá lo que Luisa pueda revelaros acerca de ese preso, y quieren evitar vuestra entrevista hasta que esté en poder de los magistrados.

Arturo. Oh! No llegará ese caso, os lo juro.

Leoncio. En efecto, él está encerrado en este pabellon, y podemos....

Arturo. Nada podemos.... Vuestro hermano ha tomado muchas precauciones, pero existe un poder superior al que él ejerce.

Leoncio. Qué poder?

Arturo. Voy á escribir á mi padre.... Podeis encargarnos de que reciba al instante mi carta.

Leoncio. Yo mismo se la llevaré. Mi caballo está ensillado.

Arturo. Tencis bastante tiempo en una hora para ir á Grenoble y volver?

Leoncio. Me bastará una hora si vuestro padre no me detiene.

Arturo. La carta que voy á escribir no admite retraso.
(*Se sienta y escribe.*)

Leoncio. (*Yendo á abrir el balcon.*) Todavía hay luz en el cuarto de Luisa.... Vela.... pobre hermana!
(*Deja el balcon abierto.*)

Arturo. Leoncio! (*Leoncio se acerca al vizconde.*) Oid lo que escribo á mi padre: «Nos han engañado: el preso que hay en la quinta de Mellisens no es un hombre político; se le quiere sacrificar á una venganza particular que podrá deshonorarnos si no la evitamos. Enviadme al momento una orden en blanco para ponerle en libertad; confiad en mi prudencia que haré buen uso de ella.» (*Se levanta.*) Entregad esta carta á mi padre, y si os preguntara, contestadle en este sentido.

Leoncio. Cómo? Habeis averiguado?....

Arturo. Es el único medio de obtener lo que pido, y

si me engaño, cargo con la responsabilidad de esta suposición.

Leoncio. Basta! Corro ahora mismo.

Arturo. Y yo voy á ver si el marques se atreve á ocultarme á Luisa. (*Vanse; Leoncio por la derecha y el vizconde por el foro.*)

ESCENA V.

EL MARQUES: poco despues, NATALIO.

Marques. (*Solo y saliendo con precaucion por la puerta de la izquierda.*) Se han marchado! No debo perder momento. (*Va al balcon que está abierto.*) Sí, esta escala es suficiente. (*Va á ocultar la escala debajo de un sillón, y llama.*) Natalio! Natalio!

Natalio. (*Saliendo.*) Ah! Sois vos, señor marques?

Marques. Dame la llave del cuarto del preso.

Natalio. (*Satisfecho.*) Con que al fin se le llevan?

Marques. Aun no.... es preciso que antes tenga una entrevista particular con mi hermana!

Natalio. (*Sorprendido.*) Particular!.... Ah! En ese caso que entre la señora en esa habitacion.... yo me quedaré vigilando á la puerta.

Marques. Es inútil; quiero que salga aqui el preso.

Natalio. Aqui?

Marques. Sí, aqui....

Natalio. Advertid, señor marques....

Marques. (*Con sequedad.*) Nada advierto: obedece!

Natalio. (*Resentido.*) Sin embargo, señor marques...

Marques. (*Aparte.*) Ah! No despertemos las sospechas de este miserable!

Natalio. (*Aparte.*) Aqui hay gato encerrado.

Marques. (*Con amabilidad.*) Temes acaso que se escape?

Natalio. (*Señalando á la puerta de la derecha y sonriéndose.*) De ningun modo. Cómo habia de lograrlo? Precisamente esa puerta da al campo.

Marques. (*Yendo á la puerta.*) Ya no podrá salir por ella. (*La cierra.*) En las demas hay centinelas.

Natalio. (*Aparte.*) Y yo les daré la consigna.

Marques. (*Señalando al balcon.*) No queda mas que

este balcon que está á treinta pies del suelo... Ya ves que no tiene ningun medio de evasion.

Natalio. Cuando va la vida bien puede uno arrostrar una caida. (*Aparte.*) Basta!... Yo estaré abajo, y si se trata de escapar....

Marques. Qué dices?

Natalio. Nada, nada! (*Da al marques la llave del cuarto de Jorge.*)

Marques. Déjame.

Natalio. (*Aparte al salir.*) Ah! Estaré en mi puesto antes que el preso aqui. (*Vase por la puerta de la izquierda que da salida al vestibulo.*)

Marques. (*Solo un momento.*) Apresurémonos. (*Toma la escala, la ata al balcon, y la echa fuera. Salen por la izquierda Luisa y la marquesa.*)

ESCENA VI.

LA MARQUESA. LUISA. EL MARQUES.

Marquesa. (*Al marques al tiempo de salir.*) He venido acompañando á vuestra hermana, para que no pierda el valor que tanto necesita.

Marques. Luisa.... acabo de alejar á Natalio, y vos vais á quedaros sola con el coronel Bernard.... Ese balcon da al campo.... me comprendeis?

Luisa. No os atreveis á salvar abiertamente á vuestro hermano?

Marques. Ya os he dicho, Luisa, que no soy el único responsable del preso desde que ha venido un oficial para custodiarle.... pero mirad: (*La conduce al balcon.*) Todas las precauciones estan tomadas.... á vos toca ahora convencerle para que se marche. (*Cierra la ventana.*)

Luisa. Está bien!

Marques. Voy á traerle aqui. (*Va á abrir la puerta de Jorge.*)

Marquesa. (*A Luisa.*) Despues de que hayamos podido restableceros en vuestra antigua posicion sin escándalo.... despues de que hayamos obtenido el perdon del coronel, podreis volver á Francia.

Luisa. Ah! Nunca.... nunca!

Marques. (Volviendo con Jorge.) Os dejo con vuestra esposa.

Jorge (Aparte.) Luisa!

Marques. (A Jorge.) Ella os dirá lo que hemos hecho por vos! *(A la marquesa.)* Venid, madre mia.... *(La marquesa y el marques se van por la izquierda.)*

ESCENA VII.

JORGE. LUISA.

Jorge. Ha dicho: os dejo con vuestra esposa?

Luisa. Sí, Jorge.... con vuestra esposa.

Jorge. Sabeis que con revelar mi nombre habeis entregado mi cabeza?

Luisa. No: la he libertado del peligro que corria, y por eso le he revelado.

Jorge. O lo habeis hecho para disipar los celos del vizconde d'Avareennes, y eso será lo mas cierto.

Luisa. No he visto al vizconde despues de que vos os separásteis de él, é ignora quién sois.

Jorge. (Sorprendido.) Lo ignora!.... y no es él quien me ha abierto la puerta de mi prision!

Luisa. No estaba en su mano el hacerlo, y yo vengo de parte de mi hermano á daros libertad.

Jorge. Y qué condiciones me impone el marques de Mellisens?

Luisa. No he querido aceptar ninguna para vos.

Jorge. Sabe qué uso voy á hacer de esa libertad?

Luisa. No le he dicho mas que lo preciso para obtenerla.

Jorge. En ese caso la rehuso.... No seria justo que yo recibiera la vida para volver con las armas en la mano á combatir, y acaso perder á los que me hubiesen salvado.... Me quedo, puesto que vuestro hermano ignora qué clase de proyecto me trae á Francia.

Luisa. Es un proyecto cuya ejecucion se está vigilando ya.

Jorge. Qué decis?

Luisa. Que se conocia antes de que vos os presentárais en esta casa, y que los cómplices en ello pueden ser

sorprendidns si antes de amanecer no estais á su lado para avisarlos y arrancarlos del peligro que los amenaza.

Jorge. No es posible!.... No, no; me engaÑais y que-
reis alejarme.... eso es todo!

Luisa. Quiero seguiros.

Jorge. No: hasta ahora yo he sufrido solo la desgra-
cia y el destierro, y solo los sufriré en lo sucesivo.

Luisa. Y qué scrá de mí?

Jorge. Vos permaneceréis donde estais.... en vuestra
patria, en el seno de vuestra familia, entre los pla-
ceres y la felicidad....

Luisa. La felicidad!.... Ah! Jorge, solo Dios puede
saber quién ha padecido mas de los dos!

Jorge. Quién ha padecido mas, señora?.... Oh! es muy
facil conocerlo.... Cuando intenté huir, os digeron
que el barco en que iba con mis compañeros habia
naufragado, y que todos habíamos perecido.

Luisa. Si; y desde ese dia empezaron mis tormentos.

Jorge. No dudo que padeceríais en aquel momento;
porque acabábais de perder á vuestro marido, á un
hombre que os habia amado, que os habia propor-
cionado riquezas, felicidad.... cuanto habia estado
en su mano.

Luisa. Ah! Es verdad, Jorge, habeis sido bueno y
generoso conmigo, y Dios ha sido justo salvándoos.

Jorge. La salvacion fué penosa, porque yo y mis com-
pañeros, agarrados á los restos de nuestro barco,
erramos por espacio de tres dias en un mar borras-
coso, sin guia, sin fuerzas, sin esperanza.... tres dias
enteros, Luisa!.... acurrucados en una tabla que á
cada minuto se nos iba á escapar, tiritando de frio,
exánimes, exasperados de sed, hemos maldecido al
cielo y á los hombres que habian causado nuestra
desgracia.

Luisa. Oh! Qué horroroso suplicio!

Jorge. Muy horroso, y que causa la desesperacion y
provoca el delirio; porque habeis de saber que en
una de esas noches fúnebres, de esas espantosas ho-
ras, juramos sobre el cadáver de Jacobi, que aca-
baba de espirar á nuestros ojos en medio de las mas
horribles convulsiones del hambre, que si Dios nos

salvaba, seguiríamos la misma suerte que él... es decir, que ninguno de nosotros recobraría ni su nombre, ni su fortuna, ni el género de vida á que estaba acostumbrado, hasta tanto que le hubiésemos vengado....

Luisa. Oh! No hubiérais hecho tan fatal juramento, si hubiéseis sabido los tormentos que debía ocasionarme.

Jorge. Sí! Lloraríais, seguramente.... pero mientras que llorábais experimentando un dolor legítimo y que os honraba á los ojos de la sociedad, una barca de pescadores italianos me recogía en las playas de Nápoles, donde la proscripción era tan sangrienta como en Francia; todo el día remaba para poder comer por la noche, y no me atrevía á dormir bajo techado por temor de ser descubierto, pues estaba á las órdenes del primero que llegaba. Cuando esto padecía yo, vos ya no lloraríais, ni pensaríais en el que habíais perdido, y acaso estaba ya á vuestro lado el vizconde d'Avarenes.

Luisa. (Con dolor.) Ah Jorge!

Jorge. Al cabo de un año, hace cinco meses, mis compañeros y yo, prefiriendo la muerte á la miseria en tan cruel destierro, resolvimos regresar á Francia, para cumplir el juramento hecho sobre el cadáver de nuestro amigo.

Luisa. (Con sorpresa.) Hace cinco meses?

Jorge. Sí, Luisa, hace cinco meses... y sin embargo no teníamos que atravesar mas que esa Italia que nuestros batallones habian conquistado en algunos dias; pero nosotros éramos vencidos sin patria, proscritos sin nombre.... Unos dias vivíamos con las limosnas que habíamos recogido, otros comprábamos con el trabajo un pedazo de pan para alimentarnos. Durante estos cinco meses, Luisa, he cabado la tierra, he conducido fardos.... (Arrancándose la condecoracion indignado.) he servido de criado; en una palabra, he hecho cuanto se puede hacer para vivir, porque vivir era la esperanza de mi venganza.

Luisa. (Aparte.) Siempre su venganza!

Jorge. Y á vos, Luisa, durante este tiempo os consolaban.... Dormida en la embriaguez de lo presente,

soñábais con la felicidad del porvenir; os amaban y vos amábais.

Luisa. Yo pensaba en vos!

Jorge. En fin, ocultándome de día, arrastrándome de noche á través de oscuros senderos y de escarpados barrancos, transido de hambre, rendido de cansancio, llegué como un mendigo á mi casa, donde he encontrado una fiesta.... á mi casa, donde he encontrado la alegría, donde he encontrado á mi muger delirando por un nuevo amor, en los brazos de otro esposo; y ahora sabeis, señora, quién ha sufrido mas de los dos?

Luisa. Jorge! Jorge!... escuchando la relacion de vuestros padecimientos, he olvidado vuestras acusaciones; pero creedme, hay otras cosas mas dificiles de soportar que los tormentos del cuerpo, las miserias del hambre y las humillaciones de la servidumbre; y cuando sepais lo que yo he tenido que sufrir, juzgareis acaso que el valor de la muger que se ha resignado, ha sido tan fuerte como el del hombre que se ha levantado para vengarse.

Jorge. Y que se vengará.... porque yo intentaré esa empresa aun cuando fuese solo para ello! (*Se dirige al foro.*)

Luisa. (*Suplicando.*) No; por mas que digais os seguiré.

Jorge. (*Con fuego.*) Yo os lo prohibo.... (*La baja al proscenio.*) Al separarme de mis amigos, les dije: «Voy á buscar á mi muger, la hija del valiente general Dubourg, muerto tan heroicamente en Waterloo.... Me ama.... y me comprenderá.» Me han creído!... y ahora no quiero decirles: «He tenido que huir de la casa de mi muger; vuelvo á vuestro lado mas miserable y mas proscripto que antes, y la muger con quien habia contado.... no es ya la esposa del coronel Bernard, es la del vizconde d'Avarences; no es ya la hija del general Dubourg, es la de la marquesa de Mellisens!....» No, no, señora, no quiero verme reducido á decir esto y á no castigáros.

Luisa. (*Abatida.*) Llevadme, pues, con vos! y me castigareis cuando sepais la verdad.

Jorge. La verdad la sé; y ya veis que estoy tranquilo, y que nada teneis que temer, porque uno no se venga de los que desprecia.

Luisa. (Mas abatida.) Y no hay quien me defienda, Dios mio!

Jorge. Por qué no llamais al vizconde d'Avarenes?

Luisa. (Con dolor.) Jorge! Jorge! tened compasion de mí.

Jorge. Adios; esperad; la muerte no puede menos de alcanzarme.

Luisa. (Desesperada.) Oh! qué horror!

Jorge. (Decidiéndose á marchar.) Por dónde debo marchar, señora?

Luisa. (Con energía.) Por aquí! pero yo saldré antes. (Va á abrir la ventana: el vizconde sale por el foro.)

ESCENA VIII.

EL VIZCONDE. LUISA. JORGE: á poco EL MARQUES. LA MARQUESA y NATALIO.

Arturo. (A Luisa.) No es asi como debíais salvarle, señora....

Luisa. (Asustada.) Arturo!

Jorge. (Aparte.) El vizconde!

Arturo. (A Jorge.) No es asi como debíais huir, caballero.

Natalio. (Saliendo con el marques y la marquesa.) Os digo que entraré. (El marques sale; le sigue Natalio, y á este la marquesa.)

Arturo. (Al marques, señalando á Natalio.) Y no debia morir á manos de ese hombre, señor marques!

Todos. Qué dice?

Arturo. Ah! Tenemos que arreglar una cuenta terrible todos los que aqui estamos!....

Jorge. (Al vizconde.) Solo conmigo teneis que arreglarla, señor vizconde!.... y ya sabeis que no podia yo ir á buscaros!

Arturo. Por eso he venido; y he llegado á tiempo para saber lo que todos proyectábais.

Marques. (Con cólera.) Caballero!

Arturo. (Al marques.) Escuchadme vos!... Dios habia colocado á vuestro lado una hermana, una muger, viuda, abandonada.... En preséncia de Dios y de los hombres vuestro deber era consolarla y protegerla... y os habeis apoderado de ella como de una presa; y no hay dolor y ultrage que no le hayais prodigado.

Jorge. Qué dice?

Arturo. (Al marques.) La habeis hecho avergonzar de su padre, de su marido; habeis insultado sus recuerdos, sus sentimientos, sus penas.... y en fin, la habeis reducido á tal desgracia, que la he amado por-lo que la habeis hecho padecer.

Luisa. (A Jorge.) Lo oís, Jorge!

Arturo. (Al marques.) Habeis procedido como un verdugo. *(El marques hace un movimiento de cólera.)*

Luisa. (A Jorge.) Lo oís....

Arturo. Yo he amado á esta muger, la he amado lealmente.... no es verdad, señora?... Porque al verla tan desgraciada la he creido inocente.... He creido que tantas lágrimas, tanta desesperacion, tantos combates, procedian de los piadosos recuerdos que un padre y un marido habian dejado en su razon.

Luisa. (A Jorge.) Lo oís, Jorge, lo oís!

Arturo. Yo no sabia que lo que á ella la asustaba era un afrentoso remordimiento.... y si yo no hubiese comprendido vuestros designios, *(Al marques.)* vuestra hermana, caballero, *(A la marquesa.)* vuestra hija, señora, mi muger, en fin, huia con su amante como una prostituta.

Luisa. (A Jorge con fuego.) Y ahora, Jorge, ahora!

Jorge. (Con aplomo.) Oh! Ahora.... levantad la cabeza, señora. *(Acercándose al vizconde.)* Sí, señor.... huia conmigo:

Arturo. (A Jorge.) Participaria yo de tanta vileza si os dejara huir.... y no os marchareis con esta muger!....

Jorge. Vizconde d'Avarenes, venid, pues, á disputarla al coronel Jorge Bernard!

Arturo. Natalio. Jorge Bernard!

Jorge. Si.... su marido, que le pide perdon por haber-

la desconocido, y que, si debe morir por haber pronunciado su nombre, morirá contento, porque su muerte rendirá homenaje á tanto dolor y á tanta virtud!

Natalio. (Aparte.) Ah! Lo que es este respondo de que no se escapará. *(Cuadro.)*

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del segundo acto. Un sofá á la derecha; á la izquierda una mesa, sobre la cual habrá dos bugias encendidas.

ESCENA PRIMERA.

JORGE. LUISA. LEONCIO.

(Luisa dormida en el canapé. Jorge sentado á su lado. Leoncio apoyado sobre el respaldo y mirando á su hermana.)

Leoncio. Duerme todavia!....

Jorge. No; no es el sueño lo que la tiene en ese estado.... es un completo abandono de fuerzas y energía.... Continúa, Leoncio. *(Se levanta. Leoncio hace lo mismo y le sigue.)*

Leoncio. Como decia, pues, el conde d'Avarenes se habia ya decidido, aunque no sin trabajo, á darme la orden que le pedia su hijo, y que debia restituirnos la libertad, cuando entró de repente en la casa Natalio, el criado de mi hermano, y le dijo que el preso era el coronel Bernard. A esta noticia el conde hizo pedazos la orden, y después de haber conferenciado un momento á solas con Natalio, me entregó varios pliegos para su hijo el vizconde....

Jorge. Cuyo contenido será sin duda alguna enteramente diverso á lo que él aguardaba?

Leoncio. No me atrevo á daros ninguna esperanza, coronel, porque no he venido yo solo; me ha acompañado otro oficial que debe traer instrucciones particulares, pues desde que echó pie á tierra se encerró con mi hermano y Arturo. Aun no han terminado su conferencia.... Pero si he de hablaros con franqueza, lo único que me da que recelar es que uno de los agentes de policía que esta-

ban aqui ha salido hoy con una comision hácia la montaña.

Jorge. Ah! No tienen bastante con una víctima!... Pleague á Dios perezca yo antes que ver morir á mis compañeros!

Luisa. (Que habia vuelto en sí poco á poco.) Morir!... Quién habla de morir?

Leoncio. (Yendo á Luisa y señalando á Jorge.) Él, Luisa!... pero Arturo no lo permitirá, y yo voy á verle, á suplicárselo.

Luisa. Ah! Antes que tú lo he hecho yo.

Jorge. (Acercándose.) Id en buen hora, Leoncio... sé que seria inútil que yo intentara quitároslo de la cabeza, pero sé tambien que no conseguireis nada. (Leoncio estrecha la mano de Luisa entre las suyas, y vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

JORGE. LUISA.

Luisa. (Sentada siempre.) Juzgais demasiado severamente al vizconde, Jorge... Leoncio conseguirá de él todo lo que es posible obtener de un corazón noble y generoso.

Jorge. (Después de haberse sentado al lado de Luisa.) Oh! No es de la generosidad del vizconde de la que dudo, sino de su poder. Su poder además sería inútil para salvarme la vida, porque aun cuando consiguiera para mí ese insigne servicio, yo no le aceptaría.

Luisa. Y por qué no le aceptaríais, Jorge?

Jorge. Por qué? Porque como vos me dijisteis, ya tenían noticias de nuestra llegada, y según he sabido han salido ya en persecucion de mis amigos. (Se levanta.) No dudo que logren prenderlos... estarán aguardando confiados en mí, y ya podeis suponer que si llegasen á perecer por haberme seguido, yo no podria ni debería vivir, mucho mas cuando el acaso (Recalcando la palabra.) ha ido á colocarme bajo la proteccion de una persona de quien tendria á mengua el aceptarla.

Luisa. (Yendo a ponerse al lado de Jorge.) Pero y si no perciesen.... si lograsen salvarse y huir con vos.... os negaríaís también á buscar un medio de librar vuestra vida?

Jorge. Escuchad, Luisa!.... Quiero suponer por un momento lo que dais muestras de desear con tanto ardor, y que es imposible.... quiero creer que tanto á mí como á mis compañeros nos van á dejar la vida.... qué quereis que haga yo de ella ahora?... cuál es mi porvenir? Vivir en una continua humillacion bajo un poder que detesto, y en la imposibilidad de vengar esta humillacion.

Luisa. Se reduce por ventura la vida á la esfera de vuestras crueles pasiones políticas?

Jorge. Comprendo lo que quereis darme á entender, Luisa. Sí, llega un tiempo en que sin echarlo de ver, se olvida y deja atrás todo lo que se habia soñado sobre gloria y poderío.... en que se olvida la esclavitud, bajo la cual gime, merced al cariño y esmeros de los que nos rodean, de nuestra propia familia.... pero yo no tengo mas familia que la vuestra, y ya conoceis sus sentimientos respecto á mí.

Luisa. Es decir que sois implacable?... que este enlace funesto....

Jorge. Ese enlace seria muy facil de disolver, lo sé.... pero no lo seria igualmente destruir el amor que os le ha hecho contraer.

Luisa. Ah! Cuán cruel sois!

Jorge. No creais que esto es una acusacion, Luisa; sé que no vacaríaís en seguirme, cumpliendo fielmente con vuestro deber como muger respetuosa y honrada; que no vacaríaís tampoco en dejarle por mí; que no volveríaís á verle.... pero sabeis cuál seria vuestra existencia aun á pesar de ese sacrificio? En vano os mostraríaís resignada, bondadosa y sumisa delante de mí; yo no sabria apreciar esas virtudes; vuestra estimacion, vuestro respeto y atenciones serian para mí, pero el corazon seria para otro.... lo veria y lo conoceria.... vuestra sonrisa, lejos de alegrarme, me condoleria, porque seria para vos un esfuerzo penoso.... vuestras lágrimas, que alguna vez quizá no sabríaís ocultarme bien, serian para mí una

injuria, y una injuria que me ofenderia tanto mas cuanto que el que amais lo merece, y que vos habeis podido creeros con derecho para amarle.... Oh! esa desconfianza eterna, esa duda incesante, serian un suplicio tal, que no me encuentro con valor para soportarle.... Oh! Creedme, vale mas morir que vivir asi.

Luisa. Sí, Jorge, teneis razon, vale mas morir... (*Pausa.*) Pero y si os hubiéseis engañado?.... si no debiese ser esa vuestra suerte futura?.... porque si vuestros compañeros logran salvar sus vidas con la vuestra, no debeis temer ya esa existencia horrible de sospechas, temores y desgracias que os espera conmigo....

Jorge. (*Interrumpiéndola.*) No seria bastante lo que ya ha pasado? no temeis vos lo que pudiera suceder el mejor dia?

Luisa. Bien está, Jorge.... pero y si os diese yo *muy en breve* (*Con intencion.*) una prueba evidente é irrecusable, por la que en adelante no puedan ya amargar vuestra vida tan acerbos pesares?

Jorge. Una prueba!

Luisa. Cuya fuerza no podreis negar.... una prueba que alejará para siempre de vuestro corazon todas las dudas, todas las sospechas y temores.... Decid, consentiríais en vivir si os diese esa prueba?

Jorge. (*Con alegria.*) Oh! Luisa, si eso fuese posible!

Luisa. (*De pronto.*) Consentiríais en vivir, responded?

Jorge. (*Con júbilo.*) Oh! Sí, entonces apreciaria la vida.

Luisa. Vivid, pues, porque reclamaré á su tiempo el cumplimiento de esa palabra, cual si fuera el de un juramento sagrado.

Jorge. Contad con ella; tendré por gran fortuna el poderla cumplir. (*Sale Leoncio.*)

ESCENA III.

LEONCIO. LUISA. JORGE.

Leoncio. (*A Jorge.*) Coronel, mi hermano desea habla-

ros, y si no me engaño, es para daros buenas noticias.

Jorge. (A Leoncio.) Ah! Si, ahora son todas buenas para mí con tal que se trate de salvarme la vida, y que Luisa cumpla la palabra que me ha dado.

Leoncio. Os está esperando; venid. (*Encaminándose hacia la puerta.*)

Luisa. (A Jorge, que continúa todavía á su lado.) Cuando volvais os la habré ya cumplido; no olvidéis vos la vuestra.

Jorge. Ah! Esa es ahora mi única esperanza. (*Dirigiéndose adonde está Leoncio.*) Vamos, hermano mio, vamos, (*Vanse.*)

ESCENA IV.

LUISA, *sola.*

Si, ya la habré cumplido.... Oh! Tiene razon, vale mas morir que vivir asi.... Perdonadme, Dios mio, el crimen que voy á cometer; es el único de que tendré que acusarme al comparecer ante vuestra divina presencia. (*Se encamina hacia la puerta al tiempo mismo en que sale el vizconde. Al verle Luisa le vuelve la espalda para ocultar su conmocion.*)

ESCENA V.

LUISA. EL VIZCONDE.

Arturo. Es mi presencia, Luisa, la que de ese modo os turba?

Luisa. (Aparte.) Ah! No esperaba volverle á ver.

Arturo. (Con tristeza.) Consumóse el sacrificio, señora: estais servida; se ha hecho cuanto deseábais.

Luisa. Todo?

Arturo. Sí, señora; prevenidos oportunamente los amigos del coronel, han podido salvarse sin riesgo, y vuestro marido estará libre muy dentro de pocas horas.

Luisa. Arturo, os conocia, y por lo mismo me habia atrevido á prometer de antemano en nombre vuestro lo que ahora cumplis.

Arturo. Os agradezco, señora, el que hayáis confiado en mí, porque es al menos una prueba de estimación, ya que no de amor, hácia el hombre á quien habíais juzgado digno de poseer vuestra mano.

Luisa. (Aparte.) Y duda de que le amaba, Dios mio!

Arturo. (Esforzándose para disimular su conmocion.)

Sed dichosa, señora; y si alguna vez oís pronunciar mi nombre delante de vos, no olvidéis que jamás he faltado al del coronel Bernard!

Luisa. El cual os aprecia y os hace la justicia que mereceis, Arturo, porque es un hombre de honor, con cuyo nombre me envanezco.

Arturo. (Con sentimiento.) Y creo que no solo os envaneceis, sino que os tenéis por dichosa en llevarle; no es verdad? Está bien. Voy á darme prisa á alejarme de estos sitios; voy á quitarle hasta el fastidio de mi presencia... tengo para mí que hubiera hecho mejor en alejarme sin volveros á ver.

Luisa. (Reprimiéndose.) Sí, señor, sí, mejor hubiérais hecho!

Arturo. Insensato de mí! No lo hice, porque aguardaba una mirada... una palabra de consuelo... una promesa que me hiciese concebir la esperanza de que no me condenaríais á un perpetuo olvido al menos.

Luisa. No es ya posible que entre nosotros pueda haber esas palabras ni esas promesas.

Arturo. Quedad con Dios entonces, y olvidadme, señora... yo procuraré olvidaros tambien. *(Volviéndose para ocultar sus lágrimas.)*

Luisa. (Aparte y con sensibilidad.) Ah! Tú no sabes que por no poderte olvidar me he sentenciado á mí misma.

Arturo. En este momento estan dando al coronel un pasaporte para poder ausentarse de Francia con vos.

Luisa. Conmigo!

Arturo. Sí, con vos.

Luisa. Os engañais... no será conmigo!

Arturo. (Sorprendido.) Qué oigo! No pensais acompañarle?... no os marchareis con ese marido, de cuyo nombre estais tan envaneceida?

Luisa. (Desolada.) Ah! Y vos creéis eso?... Ya es imposible reprimirse al ver tanta crueldad, Dios

mio!...: No os indigna ver dos hombres que se complacen en atormentar á una pobre muger!...

Arturo. Qué decís?

Luisa. Dos hombres que se conducen de su desventura... y me acusan... y no tienen una sola palabra de compasión para mí, que soy tan desdichada!...
(*Llora.*)

Arturo. Desdichada? No es eso lo que decíais hace poco.

Luisa. (*Resueltamente y de pronto.*) Con que no habeis entendido aun que no le amaba!

Arturo. (*Sorprendido.*) No le amais?

Luisa. (*Con desconsuelo.*) Que amo, á otro!...

Arturo. (*Con ansiedad.*) A quién?

Luisa. (*Con mucha sensibilidad.*) Y vos me lo preguntais!

Arturo. (*Enagenado de alegría.*) A mí!... Gran Dios!

Luisa. Sí, Arturo... y era tan profundo y verdadero el amor que hacía vos sentia, que no me arredra el rubor de confesároslo... La idea de llegar á ser esposa vuestra me parecia un sueño tan halagüeño y lisonjero, que no me atrevia á engañar á mi corazón con tan dulce ilusion... y temia que este pensamiento no fuese un crimen ó una ilusion... Tanta era para mí la excelencia de esta felicidad sobre la que Dios nos ha prometido en la tierra.

Arturo. (*Fuera de sí.*) Luisa! Luisa!... será cierto?

Luisa. Ya veis que no me habia engañado... Desvaneciósese la ilusion, y solo el crimen es el que abraza mi corazón; porque, os amo, Arturo, os amo, y hubiera sido horrible desaparecer de este mundo sin habéroslo dicho.

Arturo. (*Con calor.*) Luisa! Ah! si es cierto lo que dices, aun puede haber felicidad para nosotros en la tierra... el porvenir es nuestro.

Luisa. (*Con terror.*) Gran Dios!

Arturo. (*Enagenado.*) Me amas, Luisa?

Luisa. (*Rechazándole con la mano.*) Oh! Callad, callad!

Arturo. Luisa!

Luisa. (*Con dignidad.*) Vizconde d'Avarenes, estais hablando con una muger que ha llevado vuestro nombre.

Arturo. Luisa!

Luisa. (Idem.) Que en el dia tiene el de Jorge Bernard.... y que á uno y otro sabrá devolvérosle tan puro como se le dísteis! (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL VIZCONDE. JORGE.

Arturo. (Creyendo estar solo.) Ah! Qué he de hacer ahora, Dios mio? qué he de hacer despues de lo que me ha dicho?

Jorge. (Que ha oido la última parte de la escena anterior, y sale precipitadamente.) Despues de lo que os ha dicho, mi vida debe seros tan insoportable como la vuestra lo es para mí, señor vizconde.

Arturo. Caballero....

Jorge. (Furioso.) Oh! Dejémonos de palabras.... tiempo es ya de que obedezcamos al iustinto del odio que nos profesamos, y no á fingidos sentimientos de generosidad.

Arturo. Vos no sois ya para mí, amigo ni enemigo, caballero....

Jorge. (Idem.) Pero para mí sí lo sois vos.... Amais á Luisa y sois amado de ella.... Ea, pues! Libradla de mí! libradla de un hombre que ya no será para ella, por mas que diga y haga, sino un amo implacable y celoso.... Ahí teneis vuestro pasaporte; prefiero ir á morir á la plaza pública de Grenoble.

Arturo. (Le rasga y arroja al suelo.) Vuestro perdon llegará antes que vos.

Jorge. (Fuera de sí.) Pues bien! Salid conmigo y matadme! porque aunque yo os matase tendria celos hasta de vuestra memoria, con la cual no podria acabar como con vos. Salvaos!.... salvad á Luisa! Para ella ya no hay dicha mientras yo viva.... en vez de que si me matais.... Vamos, caballero, de ese modo el porvenir será vuestro como deseábais.

Arturo. (Reprimiéndose.) Ah! Mirad lo que decís! no me hagais concebir esa esperanza.

Jorge. Sí, sí.... y os juro que de ese modo absolveré de antemano á Luisa del amor que os profesa.

Arturo. (Sin poderse dominar.) Ah!.... Bien sé que no pue-

de ser mía!... pero pues lo deseais y me amenazais con hacerla desgraciada, no será ya por obtenerla, sino por librarla de vos, por lo que os la disputaré.

Jorge. (Gozoso.) Ah! Gracias al cielo!... Vamos. *(Se encaminan hácia la puerta. Luisa les sale al encuentro pálida, desmelenada y sosteniéndose con dificultad.)*

ESCENA VII.

JORGE. LUISA. EL VIZCONDE.

Luisa. (Con voz débil.) Disputaos un cadaver.

Los dos. (Retrocediendo á un tiempo.) Un cadaver!... *(Momento de silencio y de terror.)*

Luisa. (Encaminándose á Jorge.) Sí, Jorge.... Os prometí una prueba irrecusable por la cual no deberian ya asaltaros temores ni sospechas. Dudais que el sepulcro sea el mas seguro asilo contra las pasiones criminales y los pesares de amor?

Jorge. (Con satisfaccion.) Luisa.... Luisa!... No, eso no puede ser!

Luisa. (Con voz que va debilitándose gradualmente.) He cumplido mi palabra, Jorge! la he cumplido, y exijo que cumplais la vuestra. Me habeis prometido vivir... no olvideis que violar un juramento en presencia de la muerte es un sacrilegio de que os creo incapaz. *(Da muestras de sentirse cada vez mas débil.)*

Jorge. (Con acento desesperado.) Oh! No, no, es imposible. Hola! Socorro! socorro!... volad todos.... *(Se dirige precipitadamente hácia el foro.)*

Arturo. (Acercándose á Luisa.) Luisa!

Luisa. (Bajo á Arturo.) Oh! Voy á morir y puedo decírtelo.... te amo.

Jorge. (Volviendo á donde está Luisa, fuera de sí.) Es preciso salvarla... sí, la salvaremos, *(Al vizconde.)* no es verdad?... Vivirás, Luisa!... aunque seas para él.... aun cuando debas pertenecerle! *(Quiere sostenerla entre sus brazos.)*

Luisa. (Señalando al vizconde.) Ni de él.... *(Desprendiéndose de sus brazos.)* ni de vos! De la tumba... y de Dios! *(Cae.)*

Jorge. (Precipitándose hácia ella.) Muerta!

Arturo. (Queriéndose lanzar también á Luisa.) Muerta!

Jorge. (Deteniéndole y rechazándole con la mano.) Atrás; muerta ó viva soy su primer marido, y á mí solo pertenece.

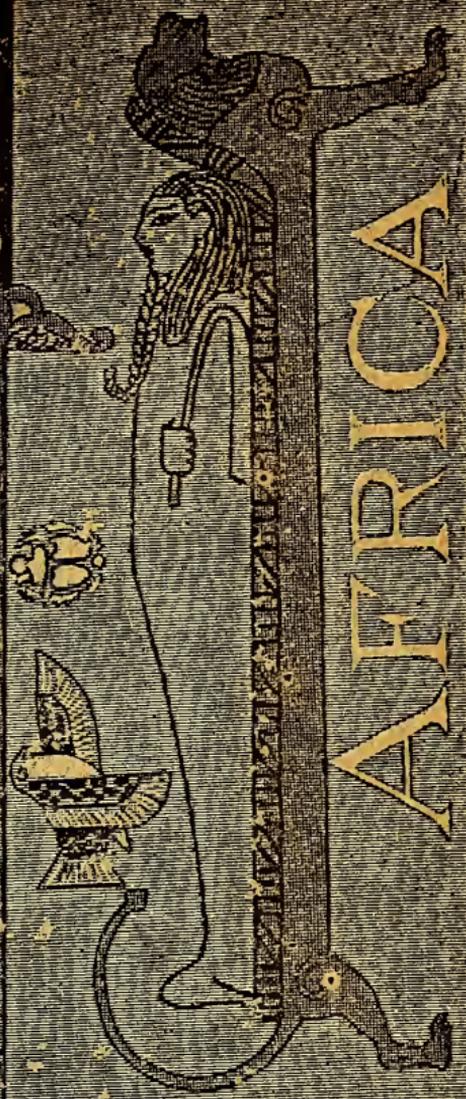
FIN DEL DRAMA.

LOS HOMBRÉS



EXPLORACIONES

CHINA



AFRICA

